FRAY MOCHO



Número 569
20 de marzo de 1923

Barcas pescadoras en el puerto nuevo de Mar del Plata. (Ver el complemento de esta nota gráfica, en la doble página interior). Fot. León.

PRODUCTOS

SUPREMA

Realzan la Belleza Seductora...

de las damas que los utilizan diariamente y mantienen imperecedero el natural encanto de los rostros femeninos.

POLVO GRASOSO	AGUA COLONIA
SUPREMA	SUPREMA
Suave y adherente, la caja . . . . $ 1.10	Fina y persistente, el frasco, ... $ 2.20

DE VENTA EN TODAS PARTES

Sociedad General de Perfumes Productos

SUPREMA

P. BURS y Cía. BOLIVAR 1725 - Buenos Aires

ENVIAMOS GRATIS A TODA DAMA QUE LO SOLICITE, UNA MUESTRA DEL RICO **POLVO GRASOSO SUPREMA**

SUPREMA
Polvo Grasoso
Insuperable

SUPREMA
INSUPERABLE

SUPREMA
Eau de Cologne

2°

FRAY MOCHO

Año XII — Buenos Aires, 20 de marzo de 1923 — Núm. 569

Falucho, errante

Las estatuas también tienen su corazoncito, y a las veces, suelen hablar por el bronce de sus labios. Allá por la calle Río de Janeiro, en pleno barrio sirio—"cumpra baine, baineta, sañur"—se levanta la del héroe del Callao, obra de Correa Morales, si la memoria no nos falla.

Clarea. El cielo, se va colorando como mantel de fonda. A los pies de Falucho, cabecea el guardián de la plazoleta. De pronto, la voz de la estatua rasga el silencio de la aurora.

—Me voy, viejo, con mi pedestal a otra parte.

El guardián criollo, miróle asombrado. Luego, inquirió:

—¿Y p'ande se va'dir?

—No lo sé, todavía, viejo. Pero, ayer, unos señores muy solemnes, que se titulan expertos en embellecimiento edilicio, se recostaron a la reja de mi monumento, y después de mucho charlar, llegaron a la conclusión de que yo estoy pésimamente ubicado en este sitio.

—Yo no los vide a esos mocitos. ¿Y por qué está mal plantao? ¿Acaso creerán ellos que a usté le molesta la vecindá de los turquitos?

—A mí, no; tal vez, los expertos sospechan que los buenos sirios perturban el sueño de mi inmortalidad. Modos de ver... Bueno, viejo: me voy con el pedestal a otra parte. Ya han iniciado el juicio de desalojo. Es cuestión de semanas.

Un suspiro escapa por el bronce de los labios de la estatua. Aletean los gorriones, y una cachirla lanza sus primeros trinos.

—Diríase que soy un Baibiene, que me han tomado para el Apostolado de Footing. Los ediles del "régimen", arrancáronme del histórico Retiro, donde montara guardia de honor al capitán de los Andes. Me desalojaron sin dar tiempo a que me despidiera de Adolfo Alsina, mi vecino más próximo. Ahora, los ediles de la "causa" me obligan a reanudar mi peregrinación. ¡Adiós, viejo!

Y los primeros rayos del sol de marzo acariciaron la bandera que Falucho no arrió en el Callao.

La "tumba" para todos

Tranquilícese el lector: el macabro título que precede, no tiene relación alguna con ningún acontecimiento de índole catastrófica o espeluznante, como, a primera vista, pudiera creerse. Trátase, sencillamente, del rótulo que creemos más propio para este ligero comentario, sugerido por cierta resolución ministerial. Hecha esta aclaración, entremos en materia, como dicen los doctos.

Es cosa fácil advertir que, en algunos órdenes de nuestra vida institucional, el concepto democrático suele no tener más alcance que el de una simple expresión nominal, porque la escueta realidad de los hechos acusa extremos completamente opuestos a la esencia de aquel enunciado sociológico. Por esta razón, cuando a la idea de democracia se le inyecta nueva savia, que tienda a robustecer su imperio sobre los destinos de un pueblo joven, como el nuestro, es indudable que se ha dado un gran paso en su marcha civilizadora y progresista.

Algo de esto acaba de realizar, con recientes y acertadas disposiciones, el actual ministro de guerra, coronel Agustín P. Justo, militar ilustrado y hombre de acción, de cuyas iniciativas es dable esperar provechosos frutos.

A la plausible supresión de los asistentes, que relevó a los conscriptos de una servidumbre impropia del ciudadano y del uniforme que dignifica su situación bajo banderas, siguió la prohibición terminante de que las cantinas de los regimientos suministraran comidas a los individuos de tropa que rechazasen el rancho reglamentario.

No vamos a asegurar que los cocineros de las diversas unidades de nuestro ejército sean capaces de obscurecer la gloria de Brillat-Savarin, ni de deslucir las habilidades del "chef" culinario de cualquier gran hotel metropolitano; pero es indudable que las condiciones de la "tumba" de nuestros cuarteles no son como para inspirar terror a estómagos jóvenes y de funcionamiento normal. Sin embargo, gran número de conscriptos, cuya posición pecuniaria les habilitaba para ello, desechaban sistemáticamente el rancho y buscaban en los ocasionales refinamientos gastronómicos de la cantina, bien el modo de salvar injustificados escrúpulos de paladar o ya la forma de satisfacer incontenibles aficiones de "gourmet".

Como es natural, dicha circunstancia establecía entre la tropa diferencias de clase, pues mientras la mayoría, imposibilitada por la falta de medios, apechugaba, resignadamente, con la cotidiana vulgaridad de la "tumba" de reglamento, otros, protegidos por la suerte, se regodeaban disfrutando de los envidiables platos superiores que servía la cantina.

El espectáculo, además de mantener latente una irritante desigualdad entre los componentes de la familia militar, no estaba muy de acuerdo con el espíritu de rígida disciplina que debe imperar en ella, porque sostenía para algunos una situación de privilegio que no puede tolerar la severa moral de las ordenanzas militares.

La resolución del ministro de guerra prohibiendo a las cantinas el suministro de comida a los individuos de tropa, y haciendo, por consiguiente, obligatorio el rancho para todos, es, pues, una acertada medida niveladora y justa, encaminada a eliminar las desigualdades o preferencias reprobables e ingratas que pudieran crear la influencia personal o los medios de fortuna.

Además, mantener en la tropa el hábito de lo sobrio y lo sencillo en la alimentación, significa preparar eficientemente al organismo, dotándolo de resistencia para vencer posibles privaciones o penurias derivadas de cualquier contingencia del futuro.

EN MATERIA DE NEGOCIOS



El empresario.—¿Convenido, eh?

El artista.—Sí. ¿Cuándo firmamos el contrato?

—¿Para qué? Entre nosotros basta con un contrato verbal.

—Le diré... Es que la última vez que celebré un contrato verbal, sólo cobré un sueldo verbal.

EMOCIÓN

Juventud, idealidad, tesoros
guardados en la aljaba de mi vida,
aquilatados en los puros oros
de la ilusión, te traigo, Prometida.

En mis venas la sangre, ya encendida,
corre bullendo al respirar los poros
y el corazón el júbilo que anida
latiendo anuncia con jocundos coros.

En el llano virgen, donde las pasiones
vibran con fiereza en los corazones,
se templó del mío la serenidad...

Ahora, presuroso, acelera el ritmo
como si intentase irse de mí mismo
lleno de emoción por la gran ciudad.

A. Herrero Mayor

LA PUERTA CERRADA

por Enrique de REGNIER

Desde mi llegada, me llamaron la atención: él, por su porte, todavía gallardo, de hombre rejuvenecido; ella, por su gracia delicada, lánguida y un tanto marchita. Constituían la pareja "interesante" del hotel, donde los viajeros eran pocos en otoño, en esa pequeña localidad de Riva, situada en el lado austriaco del Lago de Garda, cuya soledad misma me había inspirado el deseo de permanecer allí algún tiempo.

En esa época de mi vida, atravesaba un período melancólico, a consecuencia de un amor infeliz, que las circunstancias habían contrariado. Por razones sobre las cuales no insistiré, me había visto obligado a renunciar a la mujer que amaba. Este sacrificio, impuesto por graves deberes, me había sido doloroso en extremo, y buscaba, en un viaje por Italia, un alivio a mis penas. En ese estado de espíritu realicé la excursión al Lago de Garda. La belleza majestuosa del espectáculo me distrajo un poco de mí mismo, y la situación de Riva, en la punta más angosta del lago, al pie de altos y severos paredones rocosos, su vasto hotel casi desierto, con su jardín de terraza que daba al agua, me determinaron a una permanencia de varias semanas.

No obstante lo absorbente de mi pesar, apenas llegado noté, como he dicho, a esa pareja. Excitó mi curiosidad lo bastante para que me informara en el escritorio del hotel, de los nombres de los dos viajeros. Esta investigación no me hizo saber mucho, a no ser que eran franceses y que se llamaban Dorlange. El señor Dorlange era un hombre de unos cincuenta años, de constitución robusta y anchos hombros. Era de cabeza bien plantada, de rostro enérgico, de barba que empezaba a encanecer. Su mujer, de línea elegante, de aspecto distinguido, tenía un rostro atrayente y bellos ojos tristes, con yo no sé qué de frágil, de fatigado, de temeroso en su porte. Era sorprendente el contraste entre esa persona tímida y frágil y el hombrote vigoroso que era todavía el señor Dorlange. Por otra parte, el señor Dorlange me intrigaba. Parecíame que sus facciones no me eran desconocidas. ¿Dónde había visto esa cara?

Era lo que me preguntaba cada vez que me encontraba con el señor Dorlange, lo que, ocurría a menudo, ya en los corredores del hotel, ya en el jardín, donde la pareja pasaba la mayor parte del día, sentados en un banco de la terraza que dominaba el lago. La señora Dorlange trabajaba en alguna labor de aguja; su esposo fumaba silenciosamente. A veces se levantaba de pronto y con paso rápido se internaba bajo las frondas del jardín. Más de una vez me encontré con el señor Dorlange en sus paseos solitarios. Caminaba con la cabeza gacha, las manos atrás, como presa de una preocupación violenta. Un día, en el recodo de una alameda, le sorprendí hablando en voz alta, con singular animación.

A la hora del te, todos los días, encontraba a los Dorlange en el hall del hotel, sentados siempre en el mismo sitio, no lejos de la puerta. Esa puerta parecía interesar vivamente al señor Dorlange. A eso de las seis de la tarde, se abría, aparecía el portero trayendo el correo del día y depositaba un fajo de periódicos delante del señor Dorlange, que se apoderaba de ellos ávidamente. ¡Con qué apresuramiento rasgaba la faja y desplegaba las grandes hojas impresas!... Mientras las leía rápidamente, su mujer le observaba con atención. A veces el señor Dorlange le pasaba un diario y le indicaba con el índice algún párrafo. Esa actitud me sorprendía cada vez que la presenciaba. ¿Quién era, pues, ese señor Dorlange que se interesaba tan vivamente por los asuntos públicos? ¡Existen, pues, personas a quienes todo no es indiferente, excepto el recuerdo de la felicidad perdida!

No obstante, la permanencia en Riva comenzaba a pesarme y me decidí a continuar el viaje. El día anterior a mi partida alquilé una barca y pasé varias horas en el lago. Me parecía que la cadencia de los remos adormecía mi pena. No volví al hotel hasta la hora del te y penetré en el hall en el momento en que el portero entregaba al señor Dorlange su paquete de diarios. Apenas los abrió y echó una ojeada, palideció súbitamente. Sus manos temblaban. Evidentemente, le trastornaba una emoción violenta. De pronto, se puso de pie y se dirigió hacia sus habitaciones, seguido por su esposa. El diario había quedado sobre la mesa. Me acerqué. Era un ejemplar de "Las novedades políticas". El título principal mencionaba una sesión tumultuosa en la Cámara. El ministro de Relaciones Exteriores había pronunciado un discurso cuya consecuencia había sido la caída del ministerio. Grandes dificultades de política exterior motivaban esa crisis del ministerio que era también una crisis nacional.

Los Dorlange no aparecieron esa noche en el comedor. Terminada mi cena, me fuí a fumar un cigarro a orillas del lago. Era una noche tibia y suave y permanecí largo rato, escuchando el ruido blando del oleaje que moría en la playa y contemplando la gran luna amarilla que ascendía lentamente en el horizonte. Una vez fumado el cigarro, me encaminé de regreso al hotel. En el hall, dos ingleses, llegados esa mañana, bebían whisky. Sin ser notado por el portero soñoliento, subí la amplia escalinata y tomé por el corredor que conducía a mi habitación y que pasaba delante del departamento de los Dorlange. Al acercarme oí un inusitado rumor de voces. Me detuve y escuché. Era la voz del señor Dorlange, pero su voz transformada, aumentada. Llenaba el silencio con su sonoridad. Era una voz de orador, de tribuno, fuerte, martillada, hecha para conmover las multitudes. Y era muy extraña, puedo asegurarlo, oirla así, a través de esa puerta cerrada, en un hotel desierto.

He aquí lo que esa voz decía:

—"¡Ah, infelices que no saben lo que hacen! ¡No hay entre ellos ni uno solo que se preocupe de los destinos de la patria! Sacrifican todo a lo presente, a sus pequeños intereses de una hora. ¿Ignoran, pues, que el porvenir pesará sus actos en balanzas implacables? ¿No habrá nadie, pues, para denunciarlos ante ellos mismos y para restituirlos al pudor y al honor? ¡Ah, si yo hubiese estado allí, les habría señalado el abismo de vergüenza hacia el cual corren, y me hubieran escuchadlo, porque a mí, me escuchaban. Pero ahora, todo ha concluído. Me ahorqué con mis propias manos. La puerta de mi vida se ha cerrado para siempre. ¡Y acaso ya nadie se acuerda de mí, de Ranvier, de Mauricio Ranvier! ¡Ah, mísera vida!..."

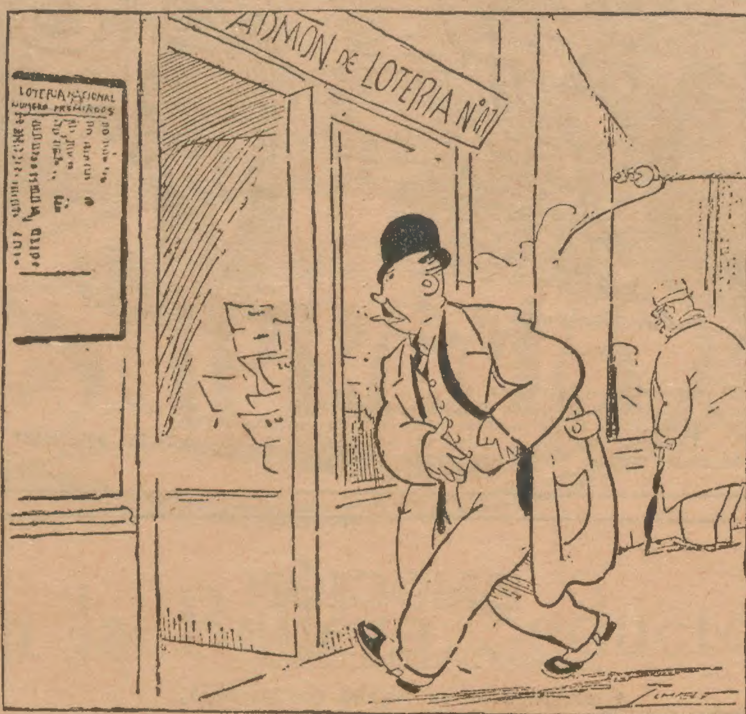
Un puñetazo brutal golpeó un mueble que cayó con gran ruido, y luego oí el sollozar sofocado de una mujer.

¡Mauricio Ranvier! De pronto, comprendí. ¡Mauricio Ranvier! Y recordé un antiguo escándalo ocurrido hace veinte años. Aquel nombre reaparecíó en mi memoria mezclado a un escándalo famoso del que había oído hablar en mi juventud. Ranvier era aquel político cuyo magnífico porvenir naufragara de pronto e irremediablemente. Orador admirable y poderoso, jefe de un grupo parlamentario importante, Ranvier tuvo su hora de gloria, su hora de gloria sin día siguiente. Y yo recordaba la gravedad trágica de las circunstancias, la amenaza brutal del extranjero, el desarrollo del país, la sesión memorable en que la Cámara, alvanizada por la palabra ardiente de Ranvier, se había exaltado en un magnífico movimiento patriótico. Y luego, al día siguiente del triunfo, en el momento en que todas las esperanzas se dirigían hacia aquel que parecía destinado a ser el dueño de la situación, la desaparición súbita y misteriosa de Ranvier, su fuga clandestina... Ranvier, abandonando todo, familia, deberes, patria, había partido llevándose consigo a una joven a quien amaba y con la cual no podía casarse. A ella sacrificaba, por amor, su honor y su gloria.

Y era a ese mismo Mauricio Ranvier, convertido en el señor Dorlange, a quien oía, detrás de esa puerta cerrada, evocar su vida pasada, su facultad de orador, con la pena por el sacrificio insensato, realizado en un momento de pasión. Y pensaba con angustia en esos sollozos de mujer que ahora se habían callado en un doble silencio. ¡Con cuántas amarguras, con cuántos reproches mudos había ella pagado, sin duda, la dicha de haber sido preferida a todo! ¡Pobres seres! ¿Qué les quedaba de su amor, en su existencia errante de proscriptos, ocultando bajo un nombre falso la antigua notoriedad de su aventura? ¡Qué destino el suyo: sentarse todos los días, a la hora de la llegada del correo, en torno de una mesita de te, en algún hotel banal donde, como en ese perdido rincón de Riva constituían "la pareja interesante", cuya imagen melancólica uno se lleva al pasar!

Habría permanecido, tal vez, largo rato, sumido en reflexiones ante esa puerta cerrada, si los dos ingleses del hall, que se dirigían a su habitación, no me hubiesen recordado que era tiempo de entrar en la mía, pues debía partir al día siguiente muy temprano.

EL ULTIMO SORBO



El jugador desesperado. — ¡La lotería! Es el único sitio que todavía me queda para perder dinero.

"EL PERDÓN"

Eugenia Codronchi Argeli es el nombre de una escritora italiana, más conocida con el pseudónimo de "Esfinge", con el que ha firmado páginas de intensa psicología femenina. "El perdón" es una de sus producciones que más impresionaron en los círculos literarios de su patria. Aparecerá en el próximo número de "Fray Mocho".

LOS GITANOS, ESTUDIADOS BAJO UN NUEVO ASPECTO

Merced a las asiduas investigaciones de estudiosos europeos y norteamericanos, especialmente durante los últimos cincuenta años, se sabe hoy mucho más y muy distinto de lo que se sabía antes acerca de la misteriosa raza de los gitanos, diseminada en todo el mundo. La bibliografía compilada por Black, en inglés ("Gipsy bibliography") y publicada en 1914 es una verdadera revelación a este respecto. Además, desde 1888 aparece una publicación que recoge el folklore de los gitanos y que se encuentra en las grandes bibliotecas europeas y norteamericanas. Los "egipcios" o "egipcianos" (de esta última palabra deriva el término gitano en castellano y *gipsy* en inglés), fueron recibidos en Europa con un favor que los extranjeros de otros países no podían ni siquiera soñar en aquellos tiempos medioevales en que aparecieron. Aunque viajaban en numerosas bandas llevando armas que estaban dispuestos a usar a la menor provocación, no encontraban ninguna resistencia nacional organizada cuando penetraban en un país. En 1416, el Consejo Municipal de Brasso, en Transilvania, destinó una suma de dinero, cereales y aves de corral a una compañía de 220 gitanos, que debía llegar a aquella ciudad. En 1419, la ciudad de Macon, en Borgoña, dió dinero, vino y pan a otra banda semejante, compuesta de 120 individuos. Y cuando en 1532 los habitantes de Ginebra se rebelaron contra las violencias de una compañía de 300 gitanos, éstos buscaron y hallaron asilo en el cercano convento de los Agustinos y las autoridades ginebrinas resolvieron perdonarles sus culpas.

En todos estos casos las bandas estaban compuestas principalmente por mujeres y niños, pero las acompañaban buen número de hombres armados hasta los dientes. Ninguna banda armada de otra nacionalidad habría hallado la misma acogida en Transilvania, en Borgoña, o en Suiza y los tres ejemplos citados demuestran que los "egipcios" ocupaban un puesto social y político tal que les procuraba la consideración de que gozaban. ¿Quienes eran esos "egipcios"?

Los gitanos de la Edad Media representaban una clase social y no sólo una raza; una organización que tenía su ramificación en toda Europa y ocupaba una posición reconocida por las autoridades, tanto eclesiásticas como laicas. Este reconocimiento era hecho, generalmente, por medio de los jefes de los gitanos que a menudo eran de raza diversa.

En 1540 el juez y jefe de los gitanos de Corfú, era un tal Antonio Eparchos. Este nació en Corfú y es conocido especialmente como poeta griego. Durante algún tiempo dió, en Venecia, lecciones públicas de griego. Tuvo correspondencia con Melanchthon y otros secuaces de la Reforma, con el propósito de traerlos de nuevo a la fe de Roma. Hizo un viaje a París y ofreció a Francisco I un manuscrito griego; 1544 publicó en Venecia un poema que contiene dos tratados en latín y un poema en griego sobre la caída del Imperio Bizantino. Sus manuscritos fueron adquiridos por el Senado de Aubsburgo y colocados en la Biblioteca Municipal.

Cuando la República de Venecia obtuvo la isla de Corfú, en 1386, el sistema feudal continuó formando la base de la isla. Los nuevos dueños confirmaron a los barones en sus feudos y crearon otros. Indudablemente el feudo más importante era el de los gitanos, compuesto, según algunos, por cerca de cien familias, sometidos a la jurisdicción exclusiva de barón a quien se había asignado el feudo. El señor feudal podía infligirles cualquier castigo, excepto la muerte; eran casi hombres suyos, y no del gobierno; tenían su comandante militar y el primero de mayo pasaban en cortejo, al son de pífanos, tambores, llevando el gonfalón del señor hasta la residencia de éste. Allí cantaban un himno extraño de loas al barón, quien les retribuía con un ligero festín, y al día siguiente recibía los tributos que se le debían.

En el origen, el feudo de los gitanos fué cedido a la familia genovesa de los Abitabuli, luego pasó a la casa de Goth, y por fin, en 1540 fué concedido a Antonio Eparchos, como retribución de pérdidas sufridas y como premio a sus talentos.

De estos y otros testimonios resulta que durante cinco siglos por lo menos, los jefes de los gitanos de Corfú eran miembros de familias patricias. Aunque vivían permanentemente en Corfú, los gitanos estaban exentos de los impuestos que pagaban los demás habitantes de la isla. El gobierno no podía exigir de ellos servicios militares, ni obligarlos a trabajar en las galeras. Sólo el barón de los gitanos tenía control sobre los actos de éstos y su poder como juez no tenía más restricción que la de no poder aplicar la pena de muerte. La posición del barón entre la nobleza de Corfú era tan privilegiada como la de sus súbditos con respecto a los demás habitantes de la isla. Este privilegio no existía sólo en Corfú, sino también en Polonia, en Transilvania y en Hungría, donde, durante los siglos XVI, XVII y XVIII había, contemporáneamente cinco o seis jefes de gitanos, que no eran gitanos, sino polacos, transilvanos o húngaros, a los cuales la corona confería esos títulos como recompensa a sus servicios.

Es importante el hecho de que los jefes de los gitanos obtenían notables utilidades de su cargo. Por eso la presencia de los gitanos era ventajosa a una parte de la nobleza polaca, transilvana o húngara. Por consiguiente, en gran parte de la Europa central, una clase extraña a los gitanos deseaba que contiuasen afluyendo. En cambio, la gran mayoría de la población los consideraba un peso insoportable. Los gobiernos mismos, aunque favorecían a los jefes de los gitanos, no veían con buenos ojos a su gente. En 1557 se decretó en Polonia la expulsión de los gitanos, y se dispuso que cualquiera que los ocultara sería castigado como cómplice. No obstante, hasta dos siglos después, el mismo gobierno continuaba nombrando jefes de los gitanos.

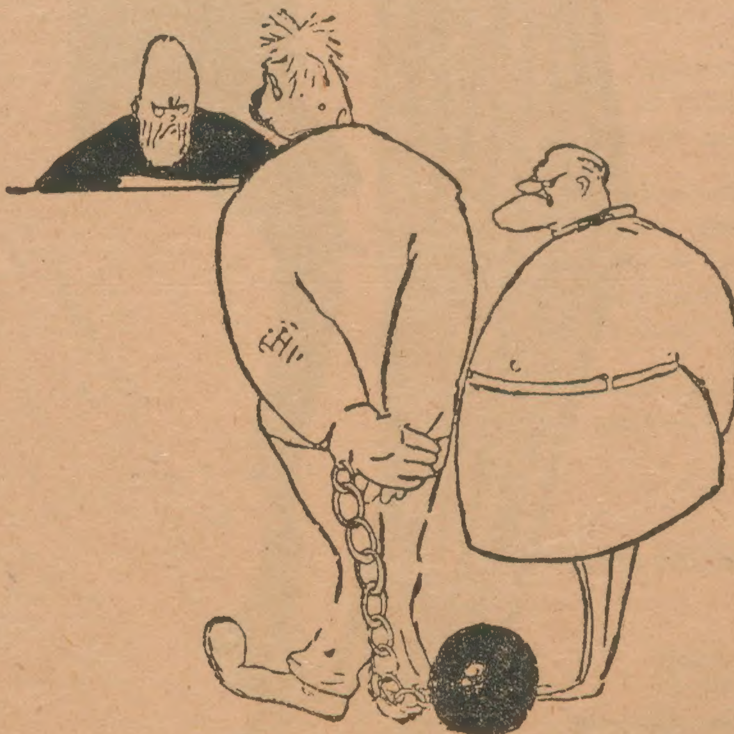
Otro ejemplo típico de la consideración en que se tenía a los jefes de los gitanos es el siguiente manifiesto fijado en Tournai, por orden de las autoridades, el 23 de marzo de 1429:

"Al Gran Conde del Egipto Pequeño, a sus gentes, que en número aproximado de sesenta fueron expulsados de sus tierras por obra de los infieles y que con permiso de los magistrados de esta ciudad se proponen permanecer aquí cuatro o cinco días, nadie deberá decir ni hacer mal, ni ofensa, ni cosa desagradable en forma alguna, so pena de prisión o destierro, a discreción de dichos magistrados. En cambio, para tener tranquila a dicha gente, se dará limosna a quienes la pidieren."

Los mismos magistrados de Tournai dieron un ejemplo a los habitantes. Al día siguiente de fijar el manifiesto votaron la suma de ocho escudos de oro a favor del Gran Conde del Egipto Pequeño y de sus gentes, y además les enviaron ocho bocales de vino, tres medidas de trigo, cuatro barriles de cerveza, cincuenta faginas y doscientos arenques.

En una de las novelas de Walter Scott se habla de los gitanos medioevales como "paganos, hebreos o mahometanos". Pero en realidad, eran acogidos como peregrinos cristianos. Una banda que llegó a París en 1427 llevaba una carta de recomendación del Papa, del cual habían recibido la bendición.

QUIEN SABE...



—¿Podría pedir que se aplazase unos días la vista de mi proceso? Mi abogado se ha enfermado.

—Pero, si está usted acusado de haber cometido un asesinato en presencia de muchos testigos. ¿Qué va a decir su defensor?

—Eso mismo me pregunto yo, señor juez, y tengo un verdadero interés en oirle.

Crónica. — Fechas

por Antonio GUARDIOLA

¿Y en qué vida no las hay?... ¿En qué existencia el dedo del Destino no ha puesto unas veces como un hierro candente que se acerca a una herida abierta..., y otras, como un bálsamo dulcísimo, hecho de amor y de aromas de unas flores celestes y desconocidas, perfume embriagador que turba a la vez los sentidos y el alma, y nos hace creernos seres casi divinos, más altos que los otros hombres?...

¡Fechas!... Cada vida humana es como una epopeya grandiosa; cuya historia, contada al detalle, llenaría millares de volúmenes, de un interés apasionante, casi enloquecedor. ¡Ah, la historia de nuestro corazón, la historia de nuestra alma y de nuestro pensamiento!... ¿Qué puede haber en la tierra de más interesante que la historia de un corazón desde que se despierta a la vida?... ¿Comprendéis?... Pero no, no la historia que escribiría el mundo: "Nació en tal parte, tal día..., hizo esto..., lo otro..., fué aquí, allá...", no, no es eso: es la otra historia, "la otra"..., ¿comprendéis?..., la que nadie se atreve a escribir, la que nadie se atrevería...: es la historia de todo lo que ha ido pasando por nuestro corazón desde que se despertó a la vida..., todo, todo, todo: los primeros recuerdos, envueltos en purezas y en inocencias como celestes...; las lejanas sensaciones de los primeros cariños que se despertaron en nuestro pecho al eco de los besos maternales...; las primeras pasiones violentas luego, los primeros odios, las primeras envidias, las primeras cosas inconfesables que pasan por todas las almas como un huracán de locura!... ¿Comprendéis ahora?... Una historia donde sólo figuraría la verdad, la verdad que no se atreve a salir de los corazones... Y así, ¡qué interesantes, qué emocionantes todas las vidas, qué apasionante la historia de todas las almas!... Y en todas las almas, en lo hondo de todos los corazones, ¡qué dramas más grandiosos, qué tragedias, qué epopeyas..., qué montañas de sacrificios, de horrores..., qué ríos de lágrimas, silenciosos, callados..., cuánta grandeza y cuánta miseria!... Resumen y compendio de Humanidad; cada alma humana y la historia de cada alma humana sería la obra maestra que no produciría jamás el cerebro más portentoso ni mejor organizado... Y... ¡ya veis cómo es verdad lo que dijo el poeta de que lo grande está en lo pequeño!: presidiendo todas las tragedias del alma, todos los sacrificios... ¿qué diréis que hay?... ¡Unas cuantas cifras, unas fechas del almanaque!...

¿Qué es?... ¡Vereis, vereis!... Pobres muñecas de la fatalidad y del destino, juguetes del azar, entramos en la vida como el militar entra en la batalla, enloquecidos por el fuego, sin saber si a la postre seremos vencidos o saldremos victoriosos de la pelea sin misericordia... Y es la Vida la que, poco a poco, nos va desgarrando el corazón al enseñarnos su cruel enseñanza... Y llega un día... ¡oh, ese día!... ese día que no olvidaremos nunca..., esa fecha que se graba con sangre en nuestro pecho, con fuego en nuestro corazón...: la luz del sol se obscurece con mantos de agonía; el campo y el cielo y el mar pierden su belleza ante nuestros ojos, y ya son como algo terrible e infinito que amenaza nuestra existencia de gusanos microscópicos: la tierra se hunde, el aire nos falta... parece que todo muere, que todo se aleja... ¡y es que se hace la noche en el alma!... ¿Qué es?... Es la muerte de un ser muy querido..., es la muerte de la ilusión o la fe o el amor que nos sostenía y nos ligaba a la tierra..., es... esa hora, esa fecha horrible en que nuestra alma se ha asomado a las miserias del alma humana... y se ha enloquecido de espanto..., ¡esa fecha que llega en todas las vidas!... ¿Y luego?... ¡Oh, sí! La vida del hombre no sería soportable si no llegara en su pobre existencia una fecha de luz: es la hora del amor, del amor del espíritu, en que el alma se eleva y se ennoblece y se purifica...; un sol nuevo alumbra ya nuestra vida y guía nuestros pasos...: el campo, el cielo y el mar no son ya más que un templo de belleza infinita, donde apenas cabe la grandeza que desborda de nuestro corazón...; todo ríe porque nosotros reímos, y la vida entera es una copa que desborda de un néctar más dulce que la miel!...

¡Y esa es la otra fecha que ha de quedar en nuestro corazón, imperecedera y eterna, como un consuelo y como un refugio contra los dolores y los desengaños y las infamias de la vida..., como un altar donde nuestra alma, en silencio, llorará y rezará cuando se vea otra vez envuelta en tinieblas, abandonada y sola!...

¡Fechas!... ¡Una fecha, dos, tres!... Cumbre en la historia de todas las almas, única cosa que de las almas es verdaderamente inmortal e imperecedero, porque en esas horas, en esas fechas, enloquecieron de dolor, o amaron y fueron amadas!...

Y si los pájaros y las mariposas entendieran también de cifras y almanaques... los hombres veríamos con sorpresa en sus alas de oro o de mil colores... unas fechas y unas cifras grabadas: la de los días, la de las horas en que el mismo Destino que preside nuestra vida, les hizo encontrarse, en medio de una borrachera de luz y de calor y de colores, sobre la alfombra del prado o bajo la sombra del huerto, con el pájaro o con la mariposa amada... Y ellos también, como nosotros, tendrían que reconocer, con el poeta, que... "no todo es farsa en la farsa, que hay algo en nuestra vida que es verdad y es eterno, y no puede acabar cuando la farsa acaba"...

El lord mayor de Buenos Aires



Carlitos Noel, caricaturado por Guastavino.

Del bosque al lector

¿Cuál es el tiempo estrictamente necesario para que el árbol de la tranquila floresta se convierta en el periódico que se vocea por las calles de la ciudad?

El dueño de una fábrica de papel del Harz ha querido saberlo a ciencia cierta, y ha hecho una prueba práctica.

He aquí, según refiere "Der Papier Fabrikant", el resultado del interesante experimento.

A las siete y treinta y cinco de la mañana el propietario hizo abatir en el bosque contiguo a la fábrica tres árboles; sus troncos, despojados de la corteza, fueron transportados inmediatamente al taller en que se fabrica la pasta de madera.

La transformación de los troncos en blanda pasta fué hecha tan rápidamente, que a las nueve y treinta y nueve salía de la máquina el primer rollo de papel de imprenta, que en el acto fué cargado en un automóvil que lo llevó velozmente a la tipografía, distante cuatro kilómetros, en donde se imprime un diario. Sin perder un momento el rollo fué aplicado a la rotativa.

A las once, los ejemplares del periódico se estaban vendiendo por las calles.

¡Habían bastado tres horas y veinticinco minutos para que el público pudiese leer las últimas noticias en papel fabricado con árboles en los que aquella misma mañana los pájaros cantaban su himno al sol naciente!

LA REJA, por Emilia PARDO BAZAN

Sor Casilda alzó el pálido rostro, que sonrosaba una emoción repentina, y contestó a la tornera:

—Voy, voy ahora mismo.

La llamaban a la reja baja; estaba allí su primo Luis— casi su hermano,—que deseaba verla; era el generoso bienhechor del convento, el que no hacía dos meses había contribuído espléndidamente para reparar la torre de la iglesia, que amenazaba ruina, y las contadas veces que venía a hablar con Sor Casilda, se le permitía que conversasen sin tasa de tiempo ni vigilancia de oído.

El esperaba ya en el locutorio, salita limpia, esterada, enjabelgada, amueblada con bancos de madera, sillas de paja y dos fraileros. Era allí casi tangible el silencío, el recogimiento casi palmable; la celosía amortiguaba la luz solar; ningún ruido venía de la desierta calleja toledana, y los cuadros obscuros, bituminosos, de negro marco, aumentaban la impresión de melancolía, como de indiferencia hacia la vida, que infundía aquel lugar.

Luis, desplomado en uno de los dos amplios sillones de baqueta, puestos los codos en los descansaderos, dejaba colgar un brazo, y en la palma de la mano del otro reclinaba la frente. En esta misma actitud de cansera dolorosa estaba cuando, a paso quedo, la monja avanzó, y al detenerse pronunció un ¡ssst! suave.

—¿Qué es eso, primo? ¿estás malo?—articuló Sor Casilda. Luis había vuelto el rostro en dirección de la reja, y la monja le consideraba con susto; tal le hallaba de desencajado, los ojos asombrados y fijos, la boca contraída, negros y resecos de calentura los labios, el aliento que de ellos salía, impuro y fétido como la exhalación que se levanta de revuelto pantano, en horas de tormenta.

—Malo, no—respondió Luis.

No tengo nada de lo que se dice enfermedad. Lo que tengo es pena... ¿oyes? pena horrible... Estoy en una de esas horas que hay... ¡horas negras!... y vengo a que alguien me muestre un poco de cariño, porque ¡me hace tanta falta!...

La monja se estremeció. Escuchaba con sencillo agrado la voz de Luis cuando hablaba de cosas indiferentes: pero a poco que el sentimiento la timbrase, recordaba con punzante intensidad que era la misma voz, la única que había derramado en su oído inolvidables conceptos... Por rápido y seco que hubiese sido el noviazgo; por pronto que se hubiese convertido en fraternidad, Sor Casilda guardaba allá dentro, invisible, una herida... herida dulce, cruel, sin cesar ofrecida a Dios, sólo por él curada, cerrada nunca. Para que la herida no la doliese tanto, Casilda había buscado en el convento ese bálsamo pasado de moda enternamente eficaz, del aislamiento, de la muerte parcial, del renunciar y del obedecer. No fué misticismo; fué más bien una especie de filosofía humana, instintiva, la que aconsejó a la niña que ocultase sus formas en el hábito de ruda estameña y cubriese su cabeza con la toca. Como tantas almas enfermas y exhaustas, buscó el reposo, única dicha de los que irremisiblemente pierden las esperanzas terrenas. Casi se hubiese sentido feliz en el convento si ignorase la situación de Luis, su historia privada. Pero la conocía. ¿Cómo? ¿Por referencia de quién? Ahí está lo que no acertaría a explicar de modo concreto; pero sabía; todo había llegado hasta ella, cual llega penetrante olor de flores malditas salvando rejas y muros. Las reclusas están más al corriente de lo que se cree de cuanto en el mundo ocurre, no por relatos circunstanciados, sino por indicaciones expresivas. Un movimiento de cejas, un entornar de oyos, se interpretaron en el claustro; la imaginación de la encerrada hace lo demás. Los gestos y las medias palabras referentes a Luis se traducían para Sor Casilda de esta suerte: —"En pecado. Por consecuencia, en más tribulación y tormento que alegría".—Y rezaba, rezaba, con un ímpetu de esos que llegan al más allá misterioso. ¡Que Luis, algún día, se arrepintiese y se salvase!—aunque a ella la fuesen cerradas las puertas divinas, tras de las cuales no hay mentiras, ni tristezas, ni miserias ni culpas... Y ahora que le veía indudablemente en el primer peldaño de la escala del arrepentimiento, bajo la impresión de una catástrofe moral de las que en un instante inmutan la conciencia, Sor Casilda en vez de complacencia, sentía una piedad infinita, inmensa, arrasadora, que derretía su corazón y conmovía sus entrañas: algo muy trágico, muy hermoso y muy fuerte, que la arrebataba y la trastornaba, haciéndola olvidar en un minuto los propósitos y las aspiraciones de tantos años...

Con la violencia del impulso de empujarlos, los hierros de la reja se incrustaban en su cuerpo enflaquecido y lastimaban sus afiladas y descoloridas manos, que pugnaban por alcanzar, al través de ellos, a Luis. El cual, ahora sollozaba muy bajo, quejándose como se quejan los niños cuando están enfermos y no saben explicar su mal a las madres. La monja repetía suplicante:

—Pero cuéntame... Pero di, Luis, por Dios... Desahoga, desahoga...

—¡No puedo!—gimió él, abrumado por lo inútil, por lo estéril de su agonía.—Casilda, no puedo. Tengo ¿ves? una argolla de garrote en la garganta y noto vértigo en la cabeza. ¡Esa reja baila!... ¡Tú también! Es raro ¿verdad? que un hombre, un hombre que no es un necio ni un cobarde, se ponga así por... por una... ¡por una maldad de mujer! Mira, estoy loco, Casilda; si digo algún disparate, perdónamelo. ¡Dichosa tú, que has logrado vivir lejos de estos combates! ¡Si supieses cuánto se sufre! No; ni lo sospechas. Reza por mí... para que me muera pronto, ¿entiendes, hija mía? No vayas a equivocar la oración y solicites largo plazo de infierno... ¡Casilda, Casilda! Tú me has querido bien. ¡Compadécete de mí! ¡Que alguien me compadezca!

Ahora sí que la reja bailaba—mejor dicho, trepidaba como si fuese a desprenderse del rudo marco de piedra donde sólidamente la fijaban emplomaduras enormes. La monja, rabiosamente, con el peso de su débil cuerpo y el escaso vigor de sus bracillos de anémica y sedentaria, pretendía arrancar el primer enrejado... Luis vió el sublime e insensato movimiento y lo agradeció con una mirada más dolorosa que las palabras. Sor Casilda redobló sus esfuerzos. Jadeaba, resollaba hondo y congojoso como el leñador cuando descarga el hacha; se estropeaba los dedos, se deshacía las muñecas, y repetía en su afán:

—¡Lus! ¡Luis! ayúdame... Queiro salir. Ayúdame, rompámosla...

Luis se encogió de hombros. Aquella locura de su pobre prima le traía a él, por contraste y comparación, a la realidad. ¡Romper una reja así! Y cuando por caso imposible la rompiese, ¿no era doble? ¿No tendrían que arrancar la segunda, erizada de la reja de hierro? Aquella reja era el propio destino de la monja; y el suyo, el de Luis, aquel dolor desesperado é incurable, que arrastraría siempre consigo. Se levantó, y acercando el lívido rostro a un claro de la reja, murmuró:

—Casilda... dejalo... No puedes, Casilda. No podemos. Y si pudiésemos... ¿para qué?

CASI EN BROMA...

Veinticinco años se habían acompañado y eran marido y mujer. Murieron el mismo día con intervalo de pocas horas, como si el uno no hubiese podido sobrevivir al otro. Y así, tomados de la mano como dos enamorados, adolescentes, llegaron hasta la puerta triunfal del Empíreo luminoso. Se creían con derecho a entrar.

San Pedro que en ese momento con aire risueño estaba dando puerta franca palmeándole cariñosamente el hombro, a un compatriota—uno de esos infelices sirios que venden "tudo a vinte" y que como pobre de espíritu tenía bien ganado el reino de los cielos, San Pedro, repito, se volvió de pronto serio y ceremonioso, al divisar los dos cónyuges.

Después de haberlos examinado e inquirido se encogió de hombros y dijo: "Los dos no podéis pasar". Y entonces el marido en un arranque de caballerosidad hizo un ademán como diciendo: "Pase usted señora"... pero se acordó que la cosa *no era ya de moda* y que en los tranvías los hombres les tomaban el asiento hasta a las niñas bonitas.

El divino portero del Paraíso, luego que hubo compulsado sus Registros franqueó el paso a ella manifestándole que no obstante unos pecadillos le había sido allanado el camino de la gloria; pero el atribulado marido le explicó que tenía que vivir un poco de tiempo "en la posada de la esquina" o sea el Purgatorio; que tuviese paciencia y que se reuniría con su mujer tanto más pronto cuanto más paciencia tuviera. Dios quería probarle...

Los cónyuges se miraron perplejos.—"Sin ti no entro", dijo la mujer. "Pues no puede quedar afuera —reconvino ceñudo San Pedro.—En el Paraíso no es como en el país de ustedes donde cada uno hace lo que le viene en gana: aquí hay órdenes y reglamentos que se cumplen al pie de la letra.—"Pues viene conmigo, replicó el marido amoscado y entrará conmigo en el Purgatorio".—"Eso no querido, apresuróse a corregir la mujer. Te esperaré en la antesala, siempre que no haga mucho calor, porque el calor me marea".

San Pedro se rió.—"Bien se ve—dijo—que ustedes por lo respondones y aparateros son argentinos... Y volviendo a su ceño continuó: "No señora, en el Purgatorio no hay sala de espera; pero pueden entrar los dos"... Vayan no más, es en la esquina próxima, no hay más que una puerta y hay que bajar bastante... No pueden equivocarse".

Entonces la mujer besó a su marido con lágrimas en los ojos y despidiéndose le aconsejó tiernamente:

—Ve, querido—murmuraba.—Bien sabes que te acompañaría, si no fuese por el calor. Ve, amigo mío, y no te agites demasiado. Sé prudente. Reza, que yo rezaré por ti, tratando de aminorar tus sufrimientos y un buen día, muy pronto, nos volveremos a unir para siempre... ¡Ah! Y cuando salgas abrígate bien y avísame para que te espere"...

El hombre, devolviendo el beso a su compañera se encaminó tristemente, pero ella, cariñosa lo volvió a alcanzar como si no pudiese resignarse a la separación. En un arranque de pasión afectuosa y delirante lo tenía abrazado; pero sonaba la campana del purgatorio y había que cumplir los reglamentos estrictos del lugar. Había que resolverse.

Entonces ella, separándose al fin; pero siempre cariñosa, siempre mujer se apartó diciéndole con un gemido que parecía un arrullo: "Querido... querido... cuando te sientas sofocado, acuérdate de Mar del Plata...

Domingo Lasso

Cómo nació la leyenda de Romeo y Julieta

El municipio de Verona adquirió hace tiempo, en 14.000 liras la casa allí señalada por la tradición como aquella en que vivió Julieta Cappulletti.

Loable es, desde el punto de vista artístico, la decisión del ayuntamiento veronés, si bien pudiera ponerse a ella algún reparo cuando se examina a través del lente de la crítica la existencia de los famosos amantes.

Porque es lo cierto que, a despecho de señalarse en Verona a la atención del viajero el balcón donde cambiaban tiernas palabras de amor Romeo y Julieta, y el sarcófago de mármol rosa donde durmió la pobre enamorada fatal letargo, no ha podido aún comprobarse de un modo incontrovertible que tan poéticos personajes transitaran por este valle de lágrimas.

¿Hay entonces que pensar en una nueva mixtificación de los siglos, de esas que, veladas por el polvillo de los años, se nos aparecen con engañosas apariencias de realidad? ¿Es, quizá, toda esa historia de infortunio, "la más dolorosa que se ha conocido", según palabras de Shakespeare, una completa novela fraguada por el cerebro gigante del dramaturgo inglés?

Estas mismas preguntas sirvieron de tema hace tiempo en Italia a eruditas controversias entre los profesores universitarios Torri y Tedeschini, pronunciándose el primero a favor de la leyenda, y negándola el segundo todo fundamento serio. Después entró en liza un bibliógrafo francés, M. Henry Roujon, quien desempolvando un curioso libro del siglo XV, trata de probar que Shakespeare no inventó su doloroso drama, sino que tuvo una base real sobre que urdirlo.

El libro de referencia, del que nos dió noticia su exhumador en una revista parisién, se titula "Historia nuevamente hallada de dos nobles amantes, con su triste muerte ocurrida en tiempos del señor Bartolomé Della Scala, en la ciudad de Verona". Fué su autor cierto Luigi da Porto, hombre de armas en sus mocedades, y autor de novelas y romances cuando achaques y heridas le obligaron a retirarse a los patrios lares.

Declara Luigi da Porto en el prólogo de su obra que, guerreando contra los "reitres" del emperador de Alemania, allá por los años de 1450 a 1460, un arquero veronés, llamado Pellegrino, le contó durante una etapa el cruel idilio de Romeo Montecchi y Giulietta Cappulletti.

Sin otra literatura que la del recuerdo, el viejo da Porto relató a su vez lo que le dijera años atrás el arquero. ¿Mintió éste o mintió el autor de la novela? ¡Vaya usted a saberlo!... Pero, interin la crítica histórica no trae al pleito algo que evidencie que los amantes veroneses vivieron, fuerza es ver en el libro de Porto, aunque no sea otra cosa, el verdadero origen de la leyenda que inspiró al autor de "Hamlet", y en virtud de la cual se señalan a la curiosidad del turista una casa ruinosa y un sarcófago marmóreo, cual preciosas reliquias de una historia de amor.

En esas páginas de Luigi da Porto vemos al joven Montecchi introducirse, clandestinamente, en un baile dado por el enemigo de su familia, persiguiendo a una hermosa inhumana. Apenas se quita el antifaz, enamora a la hija de Messere Antonio Cappulletti, "criatura de belleza sobrenatural". El apuesto doncel y la gentil doncella bailan el "paso de la antorcha y del sombrero". Al concluirse la danza, Madonna Giulietta jura a Romeo amor eterno, y dos días después cierto Hermano Lorenzo da Reggio, de la orden franciscana, bendice en la capilla del convento la unión de los dos enamorados, aun a riesgo de atraerse las iras de los Cappulletti, quienes tenían concertada la boda de su hija con el primogénito de la casa de Lodrone.

El buen fraile, que en ocasiones ejercía algo de alquimista, idea, para salvar a los nuevos esposos, que Julieta tome unos polvos soporíferos. La hermosa se adormece, "cruzando sus bellas manos sobre el pecho". Entre tanto, Romeo, ignorando el ardid del religioso, se entera de la pretendida muerte de Julieta, y aprovechando las sombras de la noche, llega a la cripta del convento de Franciscanos para morir a los pies de su esposa, propinándose una buena ración de "acqua de serpe".

Shakespeare, con su crueldad de hombre del Norte, no quiere en su drama que los dos amantes se vean antes de cerrar los ojos para siempre. En cambio, da Porto, nacido bajo un cielo más indulgente, les concede un minuto de dicha. Romeo y Julieta cambian un beso postrero. Ella muere dulce, apaciblemente, transida de dolor, contemplando el cadáver de su bien amado...

Tal es la fuente en que bebió Shakespeare, sin duda alguna, puesto que, salvo en algunos detalles, su inmortal producción se aparta muy poco de la historia contada, de admirable modo ciertamente, por un soldado poeta del siglo XV.

Considerado el acto del municipio veronés como fehaciente tributo de respeto a dos sublimes obras literarias, bien está lo hecho, sin que ello pueda significar una patente oficial de veracidad dada a la poética leyenda.

La casa de los Cappulletti ha quedado convertida en documento histórico. Pero, así y todo, no es de creer que constituya nunca para las almas tiernas un lugar de peregrinación. Los soñadores deben pasar de largo ante el frío y vetusto edificio medioeval, y cruzando el Adigio, ir a llamar a las puertas del jardín Giusti. Franqueadas éstas, os encontraréis, sobre todo si lleváis a cabo la visita al ponerse el sol, en uno de los sitios más solemnes y dolorosos que existen en la tierra. Altísimos cipreses se elevan al cielo como blandones funerarios. Entre yerbas semiagostadas y malezas inextricables, aparece a vuestra vista un sarcófago roto y vacío. Dicen que allí estuvieron sepultados Romeo y Julieta.

Si pasáis una hora en el jardín Giusti, respirando aquel ambiente de abandono y de tristeza, quizá salgáis convencidos de que Julieta existió y de que los eruditos son seres abominables, puesto que parecen poner empeño especialísimo en destruir lo idealmente bello.

LA DESCONSIDERACIÓN DE LOS BOMBEROS



El pibe. — ¿Qué se creen que después de haber corrido veinte cuadras para verlo, voy a permitir que me arruinen el incendio?

AMANECER

Sobre la paz de los campos, a los clarores del día,
cantan los pájaros ébrios sus melodiosas canciones,
mientras el alma nos teje la singular utopía
de que han de ser realidad las líricas ilusiones.

Oscar Alberto Ibat J.

ZORTZICO

Revisada y anotada por
Alberto Falcon

I. ALBENIZ



"La MEJOR MUSICA del MUNDO"

Famosa Biblioteca Musical para Piano



Única en su género

la han declarado unánimemente los mejores Profesores de Piano y concertistas americanos y Europeos.

Su contenido se halla prolijamente clasificado por Indices de Compositores; por Nombre de las Selecciones; por Grado de Dificultad, y en atención a la variedad enorme de compositores mundiales incluídos, tiene también un Indice de Pronunciación.

Únense al valor artístico y musical de sus bellas páginas, el recreativo e instructivo, por la forma en que ha sido

Compilada — Revisada — y Digitada.

Clásicos y modernos:

todos los autores y **la mejor música de todos los tiempos y países** se hallan representados. Desde las piezas fáciles hasta las más difíciles Selecciones para conciertos, comprendiendo: la Música de Salón; de Opera (2 tomos con acompañamiento de canto y piano); de Baile; Canciones Populares y Clásicas de todos los Países; Cantos Modernos; Adaptaciones de las obras sinfónicas más célebres; en fin, toda la mejor y más variada música que se ha escrito para el piano, por los mejores y más

Famosos Compositores Mundiales.

10 Tomos que forman la Enciclopedia Musical más completa.

Cada tomo mide 30 × 23 ctms., con más de 300 páginas de música cada uno. Su encuadernación en artística tela verde y oro, ilustrada adecuadamente con motivos musicales y compositores célebres, será un motivo de singular encanto y atracción aún en la sala de más refinado gusto.

El conjunto de estos 10 Tomos es el resultado combinado de un minucioso y concienzudo análisis de un Consistorio de Eminencias musicales, y cada uno de ellos ha puesto su arte y la experiencia personal en su especialidad, como maestro, crítico o compositor. Los nombres de este conjunto de colaboradores son la mejor garantía de la bondad y excelencia de nuestra Obra, y como simple referencia citaremos a los más conocidos aquí, como:

MAURICIO DUMESNIL. — IGANCE J. PADEREWSKY. PERELLÓ DE SEGUROLA, etc.

A TODOS LOS SUBSCRIPTORES

que nos remitan su pedido en el cupón, incluyendo el pago inicial de $ 8.— m|n., les haremos **ÚNICAMENTE DURANTE EL PRESENTE MES**, un

EXTRAORDINARIO

REGALO GRATIS

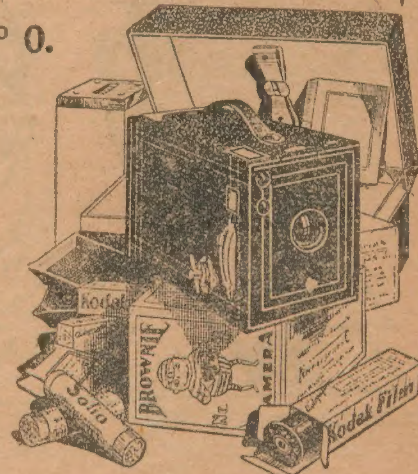
consistente en un equipo fotográfico completo, con todos sus accesorios e implementos, listo para retratar, revelar y fijar, de la acreditada marca mundial KODAK.

BROWNIE N.° 0.

DETALLE DEL REGALO

Equipo Kodak N.° 0, compuesto de:
1 Cámara Brownie N.° 0.
1 Rollo películas Kodak.
1 Lámpara Kodak.
2 Cubetas bull's Eye.
1 Tubo revelador Eastman.
1 Paquete fijador Kodak.
1 Prensa Eastman.
1 Paquete (2 docenas), Papel Solio.

Todo lo cual va encerrado en su precioso estuche, con sus dos libros de instrucciones completos.



A SU SOLA FIRMA.—SIN FIADOR.—SIN GARANTIAS

Pedido Directo a **THE UNIVERSITY SOCIETY INC.**

Editores de "LA MEJOR MÚSICA DEL MUNDO"

Calle RIVADAVIA 850. — Buenos Aires. — U. T. 541, Rivadavia
Sucursal en Montevideo: Calle Uruguay 1189

Sírvase enviarme la Biblioteca Musical titulada "LA MEJOR MÚSICA DEL MUNDO" en 10 Tomos, y el equipo Fotográfico Completo Brownie Kodak N° 0, este último como regalo gratuito.

Incluyo $ 8.— %. con este pedido, y el resto los abonaré en 25 mensualidades de $ 8.— cada una, una vez recibida la mercadería.

Firma ....

Nombre ....

Profesión ....

Dirección ....

(Escríbase con la máxima claridad)



ARTÍCULOS PARA SEMANA SANTA



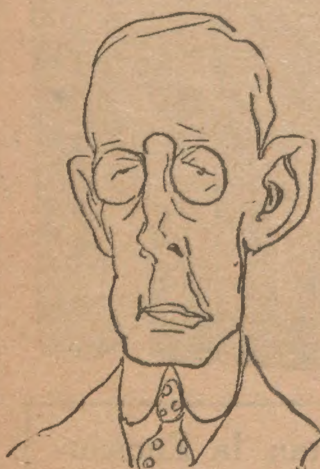
BONITO — Bravo.



CALAMAR EN SU TINTA — Crotto.



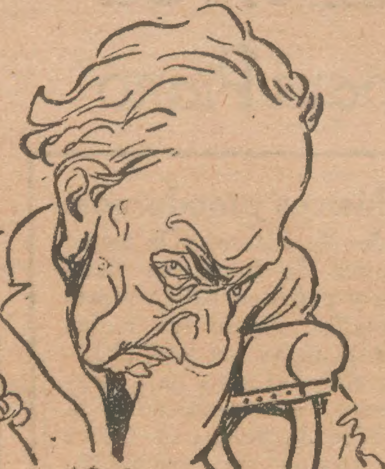
MERLUZA



BACALAO — Matienzo.



ATÚN — Gallardo.



PEZ PALO—El rengo Castellanos.



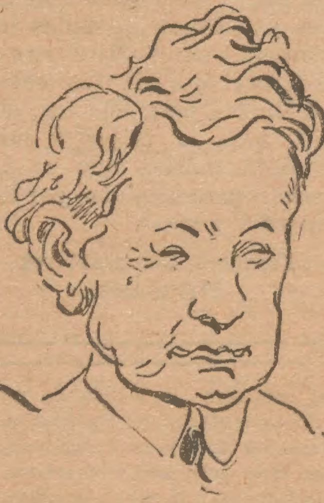
EMPANADA DE PATÍ — Julio Moreno.



LANGOSTA — Elpidio.



BAGRE — Salinas.



DORADO — Zaccagnini.



MAQUEREAUX — Marcelo.



CORBINA NEGRA — Carlés.



ARMADO — Coronel Justo.



ANGUILA — Cantilo.



CACHORRO — Firpo.

Dib. de Rojas.

SEMBLANZA DE JOSÉ MARTÍNEZ JEREZ

Hace diez años, en un suelto titulado "Los poetas se van", un diario de Madrid decía: "Se marcha a América José Martínez Jerez, el mejor poeta de la novísima generación de poetas españoles". Tenía entonces 22 años y con Juan R. Jiménez, Gómez de la Serna, Francisco A. de Icaza, Emilio Carrére, José Francés, Goy de Silva y otros autores hoy ilustres, formaba parte del grupo de escritores que fundó la revista "Prometeo".

Era una figura familiar en las peñas madrileñas y acababa de ser consagrado por la Academia de la Poesía Española, que premió su primer tomo de versos, "Siembras", publicado por la Revista del Ateneo de Madrid.

Al llegar a la Argentina, donde ya se le conocía por las colaboraciones remitidas desde la península, nadie anunció su arribo. La noticia se dió en Montevideo... Corría el año 1912 y entonces, como ahora, la llegada de un poeta sólo interesa a una minoría. No puede compararse con la importación de un "pur sang", un pugilista o una tonadillera, citados por riguroso orden de importancia trascendental...

La venida de Jerez tenía un motivo real y otro aparente: conocer estas tierras y realizar un proyecto de negocio que le haría dueño de una fortuna colosal. Esto del negocio, en un poeta de raza, no pasa de ser un poema más. Martínez Jerez había andado por toda España y tenía que idear algún pretexto para cruzar los mares. Bien sabía él que no tenía pasta de negociante, ni genio para realizar otras obras que poéticas.

El viaje había sido previsto por seis meses. Han transcurrido ya diez años. Empero, Jerez sigue anunciando su regreso a la patria, a efectuarse tan pronto como haya financiado el negocio de marras en que el poeta sueña. Sueña hemos dicho. Y esta es la palabra que sintetiza toda la vida de Martínez Jerez. Tanto es el soñar de este ruiseñor andaluz, que no se acuerda ni de su propia obra, de esos sus versos, bellísimos y originales, que andan por ahí desperdigados en diarios y revistas a la espera de un editor.

Mucho material tiene reunido, en efecto, este brillante portalira y entra en sus cálculos el dar a la imprenta tres tomos de versos: "La feria maravillosa", "La fiesta de la vida", "Horas de paz", y uno de cuentos, "Más allá del amor", encabezado por el relato del mismo título que fué premiado el año 1914 en el concurso literario de "La Prensa" y donde incluiría asimismo el cuento "El obstáculo", que mereció también una distinción por dicho diario en el certamen del año siguiente. ¿Cuándo los publicará? El mismo contesta:

—No sé. Los poetas no deben hacer de editores y los editores no quieren hacer poetas.

La respuesta es ingeniosa, pero no convence a los que sabemos que la verdadera razón finca no en un caso de pauperismo franciscano, sino en la invencible despreocupación del poeta, a quien la nombradía y la popularidad le tienen perfectamente sin cuidado.

Martínez Jerez no ha sentido jamás, ante el elogio, que su personalidad acusaba propiedades de neumático. Podría asegurarse que nunca ha escuchado la voz de la vanidad, esa dama insinuante que suele mantener cordialísimas relaciones con las gentes de letras. Es una excepción en este sentido. Pero no se crea que no publica libros por modestia o por escepticismo. No publica por distraído, por despreocupado de sí mismo. Paradoja viviente, olvida lo que más ama. Así dejó en el camino a la única mujer que llegó a su corazón, una "amoreuse" de reconocido talento literario, única infidencia que en este particular logramos arrancarle al poeta, presa de melancolía al evocar ese romántico amorío de su primera juventud, oliente a rosa y a poesía erótica y en el cual la distancia tendía un puente entre los corazones.

Acaso ese lejano episodio—primera piedra en el camino del amor—modificó su concepto de la vida, convertida desde entonces en un romance arbitrario, de capítulos inconexos, donde un desorden gracioso y una elegante locura están aliados con la lógica y el buen sentido. Porque Martínez Jerez hace figuras retóricas de su vida, como si su vida fuera un verso inconcluso o continuamente renovado. Empapa de poesía las cosas prosaicas y las dignifica y embellece. En ciertos aspectos es una contradicción palpitante. Odiando la bohemia, es, en el fondo, por su temperamento desordenado, movedizo y su sensibilidad agudizada, un bohemio "enragé". Colocado en un punto equidistante de la realidad y la quimera, se complace en cubrir de poesía la distancia que las separa, describiendo una como parábola de luz... Gusta de vivir intensamente la vida, siquiera un minuto cada día. Mitad refinado sensual, mitad caballero de ensueño, amanece persiguiendo una nueva emoción y se acuesta soñando en el mañana luminoso. No se da un punto de reposo. Máquina nerviosa en perpetuo funcionamiento, anda siempre de prisa, en tren de carrera, con un cargamento de proyectos en la cabeza y dando la impresión de un hombre activísimo que no quiere llegar tarde. Pero nadie se engaña ante tal actitud. Esos proyectos, en su mayor parte, no se realizan. Y no se realizan porque dan paso a otros proyectos y estos a otros más. Martínez Jerez vive proyectándolo todo. Poemas, viajes, negocios, aventuras extraordinarias, asoman, toman cuerpo en su fértil imaginación y desaparecen con rapidez de película. Podría decirse que es un gran trabajador que no tiene tiempo de hacer nada. Sin embargo, tres actividades le son dilectas, tres verbos conjuga con preferencia: cantar, amar y remar. Cantando es un pájaro-poeta, amando es un poeta-pájaro y remando es un pescador. Allí donde su inquietud le da un instante de sosiego, Martínez Jerez está escribiendo un poema; allí donde una mirada femenina pone una clarinada en su corazón, Martínez Jerez ama; allí donde un riacho serpentea, Martínez Jerez desnuda el brazo musculoso donde el sol ha desalojado primitivas blancuras, y rema. Esto sin perjuicio de cantar, amar y remar al mismo tiempo. Escenario familiar de sus fechorías lírico-erótico-deportivas: el Tigre. Epoca: todos los meses del año. Protagonistas: dos personas, una como la amada de Verlaine, "que no es siempre la misma ni es siempre diferente"...


José Martínez Jerez. (Caricatura de Dufour).

La nerviosa movilidad del poeta ha sido bien sorprendida por el lápiz de León Dufour, quien nos lo presenta en una actitud casi yacente pero sospechosa de cosquilleante inquietud, de esa inquietud incurable que padece Martínez Jerez, hombre dinámico como pocos, a quien puede vérsele en un mismo día entrenándose por la mañana en el Tigre para una regata (el 10 de febrero último, tripulando como "stroke" un bote de aficionados, ganó una carrera de 600 metros contra remeros profesionales); despachando por la tarde importantes asuntos administrativos en una dependencia nacional y escribiendo por la noche, en una mesa de café, una substanciosa crítica de la pieza teatral cuyo estreno acabara de presenciar.

De esa multiplicidad de actividades, la que conviene subrayar porque constituye el amor de los amores en Jerez, es la poesía. Mucho se ha dicho de sus versos en España. Recordamos que hace poco, en el Ateneo de Madrid, el prestigioso crítico Andrés González Blanco dió una conferencia examinando detenidamente su obra poética.

Una delicadeza exquisita informa los versos de Martínez Jerez y un suave sentimentalismo campea en la mayor parte de su producción.

Se advierte en este poeta un afán deliberado de presentar imágenes nuevas y bonitos giros ingeniosos, en lo cual acierta frecuentemente, revelando mucha imaginación y buen gusto. Jerez huye de los lugares comunes, de las frases manidas, con el terror con que huye una beata del demonio. Se complace en atormentarse creando frases nuevas y bellas. Se empeña en decir, a su modo, lo que otros dijeron al suyo, y esto es en rigor la originalidad que puede exigirse hoy en materia de poesía. Añejos vinos en odres nuevas, dan la impresión de nuevos productos cuando el talento y el buen gusto presiden la labor. Véase sino como un desengaño de amor, motivo trivialísimo explotado por todos los poetas, cobra aspecto de cosa nueva en esta bella composición titulada "La rosa roja".

En el vaso vacío
murió la rosa roja.
Murió de una congoja
de silencio y de hastío.
El cristal está frío,
la rosa se deshoja
y nadie hay que recoja
su espíritu sombrío.
Pero ha habido otro caso.
Mi corazón fué vaso
de una rosa cautiva,
prenda de un infiel voto.
Este vaso está roto
y la rosa está viva.

Cuando la melancolía pone una cortina crepuscular en su alma, el poeta rompe en acentos de mansa dulzura sentimental y entonces el motivo poético se aterciopela, surgiendo el verso con balanceos de canción de cuna. Tal esta "Prótasis":

La primavera agreste
su verde veste viste,
pero mi alma está, en este
gozo de fiesta, triste
bajo el azul celeste.

Mientras la vida pasa
mi corazón reposa.
Tengo abierta mi casa
y esperando a la Esposa
ya ardió la última brasa.

En esa larga espera,
pasó la primavera
y el estío y su ardor
y la otoñal partida...
(Esta ha sido en mi vida
la fiesta del amor).

No podría señalarse tendencia o escuela, ni preferencia de temas en este fecundo liróforo, cuya inspiración siempre alerta es antena receptora de todas suertes de emociones estéticas. Todo atraviesa la sensibilidad poética de Martínez Jerez: paisajes, seres y cosas, grandes y pequeñas, llegan a su alma y dejan en ella sedimento aurífero, polen de poesía, miel de emoción. Es así que los asuntos más opuestos, las notas más antitéticas se hallan en el registro poético de Martínez Jerez.

Como buen andaluz, como hijo de la clara tierra de los claveles, la galantería surge a menudo de sus labios. Y el madrigal, esa flor de la coquetería poética, irrumpe en versos como estos, modelos en el género:

Cuando tu boca besa,
¡oh, pan de mieles y licor de fresa!,
deja una dulce huella sensitiva
que da a la piel ilesa
la hiperestesia de la carne viva.
Y bajo el purgatorio de tus ojos,
al mostrar con los dientes tus enojos,
o al gozar tu sonrisa su celeste vic-
[toria,
cruza el infierno de tus labios rojos
la blanca carretera de la gloria.

Hagamos votos por que el poeta se decida algún día a reunir sus versos en volúmenes, única forma de perpetuar su obra.

Carlos C. Sanguinetti

Marzo de 1923.

Los grandes distraídos

"Le Courrier de Genève" recuerda una porción de "viajes a la Luna" de distraídos célebres.

De entre esas "chifladuras" de grandes hombres vamos a transcribir las que nos parecen menos conocidas.

Una noche Ampère, el ilustre físico, se extravió en un apartado barrio de París, y al darse cuenta de ello rogó a un transeunte que le indicara el camino que debía seguir para llegar al punto a que se dirigía.

El paseante, señalándole un farol no muy lejano, le dijo: "Nada más fácil; no puede usted perderse... Vaya usted hasta aquella luz; una vez allí, tuerza a la izquierda y continúe todo derecho. En media hora estará usted en el sitio que desea."

Ampère, después de dar efusivamente las gracias a aquel señor, se fijó en la luz y echó a andar.

Desde los primeros pasos, y aunque sin quitar los ojos de la luz indicadora, volvió a engolfarse en sus reflexiones sobre uno de los problemas científicos que entonces le preocupaban.

Y andaba, andaba en dirección a la luz, que, contra toda lógica, cada vez parecía más lejos.

Apretó el paso. Al cabo de una extenuante caminata de varias horas logró alcanzarla.

Pero ¡oh sorpresa! Se encontró en las afueras de la ciudad y detrás de un carro del mercado, cuyo farolillo había ido siguiendo toda la noche, confundiéndolo, al emprender la marcha, con el farol del alumbrado público que el amable transeunte le había indicado.

Cuando se preparaba su ingreso en la Academia, Poincaré, el famoso matemático, tuvo que cumplir la tradicional costumbre de visitar a los "inmortales", sus eventuales electores.

En una de sus visitas, la conversación recayó en un asunto de los que con mayor cariño estudiaba el futuro académico, y Poincaré comenzó a hablar de ello con entusiasmo.

Decía muy acertadas e interesantes cosas; pero el otro, el académico visitado, tenía que hacer, y el tiempo pasaba, y Poincaré no llevaba trazas de terminar sus brillantes disquisiciones, ni parecía enterarse de la impaciencia que el otro empezaba a mostrar.

Por fin, el académico, no pudiendo más, se levantó de su asiento y dijo a Poincaré que sentía en el alma verse obligado a dar por acabada la visita, porque tenía que asistir a una reunión importante.

—¡Pues no faltaba más!—contestó el matemático.—Haga usted como si estuviera en su casa. ¡Yo también tengo mucho que hacer!

Una sonora carcajada le advirtió de su situación. El gran distraído, aturdido arrastrado por el ardor de sus ideas y sus palabras, se había olvidado de todo lo demás, y creía que estaba en su propia casa y recibiendo la visita del académico.

Aún es más extraordinaria la distracción de Edison en el mismo día de su boda.

Al salir de la iglesia pidió a la que desde aquel momento era su mujer que le permitiera ir a su laboratorio para ver durante un solo minuto cómo iba un experimento que había confiado a uno de sus ayudantes y que le interesaba mucho.

La ausencia se prolongó tanto que los invitados se sentaron a la mesa, a esperarle comiendo.

Y se acabó la comida, y se acabó la tarde, y Edison no llegaba.

Fué necesario que los parientes y los convidados, guiados por la novia, se presentasen en el laboratorio para volver a la realidad al distraído inventor.

"Música"

"Claridad", two-step, y "Rico", tango, para piano, son las dos últimas obras musicales de la señorita Elena Gailich, compositora argentina que se está destacando por la aceptación que logran sus producciones musicales.

CADA CUAL SABE LO SUYO



—Está mirando el revés, niño; la parte del derecho es ésta.
—Ya lo sé; pero papá lo usará del derecho y a mí me tocará usarlo del otro lado.

"El Napoleón del petróleo"

Si pudo la "Royal Dutch" alcanzar el inaudito éxito de detener primero el desarrollo y de hacer declinar luego la potencialidad de la "Standard Oil" es que la dirigía uno de esos hombres que valen miles de millones y a quien los norteamericanos, en su admiración tan amiga de caracterizaciones, han denominado "The Oil World's Napoleon", el Napoleón del Petróleo.

"Mr. Deterding tiene de Napoleón la audacia y amplitud de las concepciones y de Cronwell la facultad de organizar los medios de realizarlas", ha dicho de él el almirante Lord Fisher, reorganizador de la gran armada inglesa del siglo x.

La personalidad más poderosa del mundo petrolero ya no es Rockfeller, sino Deterding. Auxiliado por hombres como Gulbenkan, el "Talleyrand del Petróleo"; Colijn, ex ministro de guerra de los Países Bajos, Loudon, Cohen Stuart y Sil Marcus Samuel, que ha sido Lord Mayor de Londres después de ser el humilde fundador de la hoy poderosa "Shell".

La "Royal Dutch" fué fundada en 1890, cuando la "Standard Oil" reinaba como dueña absoluta en los mercados de Europa y América. De Gelder fué su primer director pero pronto fué reemplazado por Kessler, hombre de mayores aptitudes.

El "viejo Kessler", como le llamaban entre ellos los directores de la "Royal Dutch", estableció su cuartel general en Batavia. Necesitando un ayudante, contrató al joven Deterding, entonces simple empleado de un banco de Batavia.

Fué Kessler que dirigió los destinos de la "Royal Dutch" durante las horas difíciles de la iniciación. Pero, en 1900, murió repentinamente y Deterding lo reemplazó.

Mientras la "Standard Oil" se aferraba a la fórmula invariable: "El petróleo americano para alumbrar al mundo", Deterding se empeñaba en adquirir fuentes de petróleo ubicadas lo más cerca posible de los mercados de consumo. La nueva política preconizada por Walter Tagle, presidente de la "Standard Oil of New Jersey", al festejar el cincuentenario de la fundación de la sociedad, en enero de 1920, no es otra que aquella seguida por Deterding desde quince años antes. Es que la "Standard Oil", dándose cuenta del resultado que para ella ha tenido la política que ha seguido hasta entonces, busca la transformación de sus procedimientos y ha resuelto imitar a su rival, desde 1919.

CREPÚSCULO DE VIDA

por Jorge LAVALLE COBO

Conducido en el sillón rodante, don Andrés de la Huerta, daba su paseo habitual por la gran sala de pintura. Después de una vuelta apacible, quieto ya, piadosamente quieto, recorría sus hermosas telas, repitiéndose la historia de cada una. Tras esa historia, en misteriosa asociación de ideas, le asediaban enjambres de recuerdos, como si estuvieran escritos en los lienzos.

Alto, enjuto, combado por el dolor. El tiempo, en surcos melancólicos, marcaba en aquel rostro su desdén por una vida más. Barba y cabellos encanecidos; la frente diáfana, traslucía pensamientos austeros. Y allá, en el fondo de sus pupilas, llenas de azul, brillaba toda la vida que una parálisis quitara a sus miembros...

En su rincón favorito, aquella vez, con sonrisa triste, el anciano de cuerpo rígido, que venciendo su atonía, conservaba su espíritu radioso, renovaba sus cotidianas libaciones al arte, disipando así las brumas de su filosofía.

En silenciosa distracción, uno por uno, examinaba sus cuadros. Aquí un Hellen en el rigor de su línea, a la vez vaporoso como un Chaplin. Le seguía un Benjamín Constant: el glauco Oriente, Homero, el alma entera del genial aeda. Después, el Vesubio, agitado, rojo, contrastando con la bahía de Nápoles, risueñamente azul, iluminada por el sol que ahuyenta la tenue gasa matinal... Pero con más orgullo se deleitaba en un valioso Corot—"Ninfas danzantes"—que no pudo arrancarle el gobierno de Francia. Completaban su colección francesa otros autores, gracia, unos; encanto, otros; armonías triunfantes, todos; reflejos, muchos de ellos, de un genio que sobrepasó a su época: Puvis de Chavannes. Entre los italianos destacábase, esfumando graciosas reminiscencias de la Gioconda una florentina del tiempo de los Médicis. Los españoles estaban vigorosamente representados por Villegas, Domingo, Sorolla y otros abigarrados coloristas. Además, Barbudos para mirar con lente, y los eternos Galofres.

En toda la sala, en profusión, muebles antiguos, mármoles, bronces—el clasicismo salpicado en hermosas reproducciones destinadas al pobre artista que no puede salir de la tierra. Entre esas reproducciones descollaba una magnífica Venus de Milo.

Lacerada por el dolor, aquella alma de escepticismos suaves, encontraba en ese baño para su espíritu la paz anhelada. Así, siguiendo la visita de su museo, llególe el turno a un hermoso retrato de su padre, y el pasado, en una onda de ternuras, llenó su alma.

Niño todavía, bien lo recordaba, fué enviado a estudiar a Europa. Cruzaba su adolescencia llena de facilidades, cuando murió su padre. Grabado en su espíritu estaba aún el desgarramiento producido por la noticia, tan cruel a la distancia, que le hizo salir de la casa, inconsciente, anonadado por el golpe. Rodó así por las calles hasta llegar a un puente donde se detuvo. Era en otoño. El día moría silencioso, y al desvanecerse su luz, esfumábase ya el azul nocturno; el frío, ese primer frío de la estación, que hiela hasta el alma, se hacía sentir. Las hojas caían en miriadas, tristes, vagarosas, como si despidieran al tiempo germinador. Las aguas del Sena, resignadas, escarceando apenas, corrían, corrían sin cesar, semejantes a las horas, fugitivas. Y el adolescente de entonces, la cabeza apoyada en su mano, miraba la vida que se le aparecía inexorable. Amarrado a su existencia, bajo la égida cariñosa de su padre, todo fué dulzura, sin encarar jamás el problema del hombre. ¡Qué lejos estaba ya todo eso!...

Después revivió, fugazmente, los años pasados más tarde en París; las páginas voluptuosas que, como buen habitante del Barrio Latino, conservaba en su historia; las fiebres de la juventud adormeciendo sus inclinaciones artísticas, lo cual no le impidió, sin aparente consagración, educar su gusto, ya delicado de suyo. Entonces empezó a comprar esos cuadros.

Y los acontecimientos se siguieron en su memoria: la vuelta a la tierra, tras larga ausencia, haciendo de su casa un centro de artistas, lo más refinado de la sociabilidad de entonces; recordó también su paso por los salones—las crónicas de la época rememoraban sus gallardías, su ágil conversación impregnada de amable ironía,—la vivienda solariega, su casamiento, el hogar nacido al calor de risueños sentimientos, el hogar hoy entristecido por su cruel enfermedad...

En aquel momento sintió que un frío sutil le subía al corazón. El eco distante de unas notas de piano llegaba a su oído, evocándole el cuadro famoso de la agonía de Chopín, acariciada por la música, la música mitigadora de su dolor... El frío subía, subía siempre. Sonaron, con lúgubre tañido, las campanas de la Buena Muerte despidiendo a los que se van. Por una ventana, abierta en lo alto del salón, se veían las copas corpulentas y serenas de los árboles, en la Avenida. El frío le invadía ya el corazón. La muerte flotaba imperiosa en aquella vaga sombra; y al descender, le daba tiempo para abrazar el Arte todo en su eterna despedida. Un rayo de luna, filtrado furtivamente, se reflejó en el alma del anciano, iluminándola. Fijó la mirada en la Venus de Milo. Y llevó de la vida la más pura imagen de belleza...

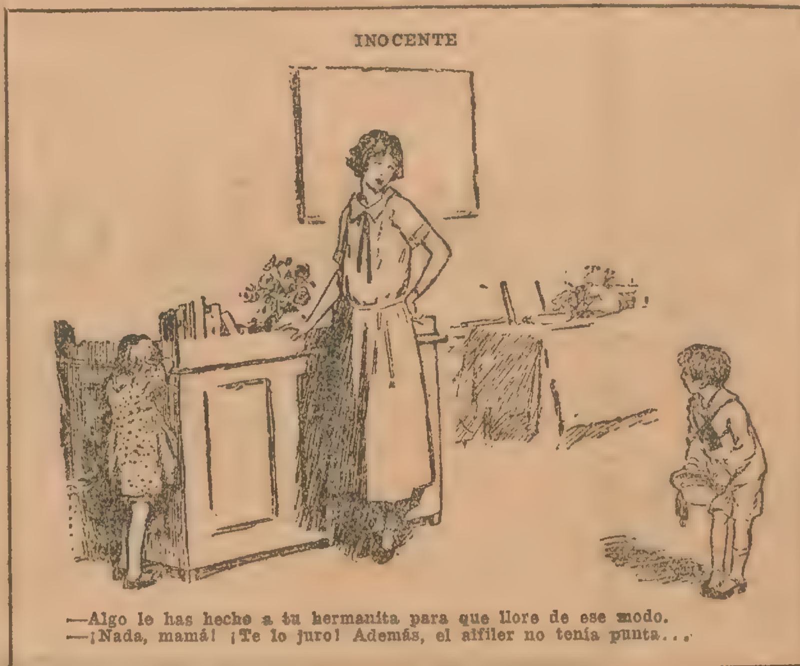
El "coco" o el "bu", de los niños griegos

En la antigua Grecia, para asustar a los niños, les decían que Lamia se los iba a llevar, o que si seguían llorando vendría Lamia. Este nombre fatídico, pronunciado con una mueca de horror por las madres griegas, llenaba de espanto a los chiquillos. El origen de emplearse en este sentido el nombre de Lamia, se fundaba en una tradición mitológica. Según ella, habiéndose enamorado Júpiter de la hermosa reina Lamia, la celosa Juno hizo degollar a sus hijos. Entonces Lamia, para vengarse en los mortales, ya que no podía vengarse con los inmortales, llena de furor, mandó dar muerte a todos los niños de sus Estados. Añádese que quedó ciega, pero que llevaba sus ojos encerrados en una bolsa, y podía, con el favor de su divino amante, transformarse a su antojo, tomando las más horribles y espantables formas.

Así se explica que todo lo cruel y todo lo horrendo se simbolizara en Lamia, y que se repitiera este nombre a los niños para asustarles, ni más ni menos que así como hoy se les dice "¡que viene el coco!"

Lamia dió nombre en la antigüedad a una ciudad de Tesalia que hoy se llama Zeitun, que fué famosa en la guerra lamiaca, por haber sido vencido allí el gobernador de Macedonia, Antípatro, por Leóstenes, quien después murió al pie de los muros de la ciudad.

INOCENTE



—Algo le has hecho a tu hermanita para que llore de ese modo.
—¡Nada, mamá! ¡Te lo juro! Además, el alfiler no tenía punta...

El significado de las letras de los lápices

Todo el mundo habrá observado en algunos lápices que, junto a la marca de fábrica, suelen figurar las mayúsculas H. y B. en mayor o menor número. Estas letras tienen su significación: una H y una B solas, equivalen a las palabras inglesas "hard-black" (negro duro). Este es el punto medio de dureza y color de la barra del lápiz, y por lo tanto, el que más se usa. Pero en otros se ven marcas como las siguientes: B.B.B.B.B. B.B.B.B., B.B.B., B.B. y B.

Siguiendo esta escala, viene H. B. antes citado, y luego continúa con F., F.F., H., H.H., H.H.H., H.H.H.H. y H.H.H.H.H., que es el punto más alto.

Las cinco bes mayúsculas y las cinco haches, son los extremos de la escala. Los lapiceros de B.B.B.B.B. son los más blandos, y su blandura decrece gradualmente hasta la B. De este punto pasa al medio (H. B.), y luego va aumentando la dureza hasta las seis haches.

A LAS MUCHAS
GENTILES LECTORAS

Que nos han consultado sobre la receta para blanquear y hermosear el cutis, que publicamos en estas mismas columnas, les respondemos que, según la revista parisiense de que fué copiada, se trata de un útil y sano consejo para el tocador, ya que sólo basta diluir una cucharadita de amydalosa en polvo en media palangana de agua, para formar una deliciosa horchata, que refresca, suaviza, blanquea e impregna la piel de suave y delicioso perfume. Este producto se halla en venta en todas las farmacias.

BALADA DE LOS TRES NAIPES

Se durmió como la marmota
entre la colilla y el jarro;
ya no tiene lumbre el cigarro;
ya el jarro no tiene ni gota.
Y, aun dormido, la palabrota
en sus torpes labios se cuaja.
Sobre la mesa, la baraja:
el rey, el caballo y la sota.

Su vida es adusta, de ilota.
Su alma, sin soplo, es toda barro
Es inerte como el guijarro:
lo disparan, hiere y rebota.
Al trabajo el ocio derrota
dentro de él; tan sólo trabaja
si los gruesos naipes baraja:
el rey, el caballo y la sota.

No despertéis al pobre idiota.
Vuestra lástima es despilfarro.
Dejadle dormir: el cotarro,
de ese modo no se alborota.
Fandango, petenera y jota
le arrullen; si al sepulcro baja,
ponedle dentro de la caja
el rey, el caballo y la sota.

¡Viva el puro, viva la bota!
¡Vivan la moza y la navaja!
¡Cosedle bien en la mortaja
el rey, el caballo y la sota!

Enrique DIEZ-CANEDO.

COMO LOS OTROS

por Alfonso ALLAIS

Magdalena Bastye habría sido la más exquisita de las muchachas de su siglo sin la molesta tendencia que tenía de pelar la pava con otros que no eran su novio, por un sí o un no, y a veces ni por un sí o un no.

En el momento en que empieza este relato, su novio era un excelente muchacho, llamado Juan Paso (de la casa Paso Porser de los Mejores).

El tal Paso tenía un gran corazón y era la honra del comercio parisiense. Y después, ¡quería tanto a su Magdalenita!

La primera vez que Magdalena peló la pava con otro, Juan dijo a Magdalena:

—¿Por qué has pelado la pava con este hombre?

—Porque es guapo.

—No está mal.

¡Oh poder omnipotente del amor! ¡Irresistibilidad del querer! Cuando se encontraron de nuevo, Juan estaba tan transfigurado y tan hermoso, que el arcángel San Miguel en persona le tuviera envidia.

La segunda vez que Magdalena peló la pava con otro, Juan le dijo a Magdalena:

—¿Por qué has pelado la pava con este hombre?

—Porque es rico.

—No está mal—murmuró Juan.

Y Juan inventó la manera de transformar con corto trabajo el estiércol de caballo en peluche malva.

Los americanos se disputaron su patente a dolarazos y aun a aguilazos.

La tercera vez que Magdalena peló la paba con otro, Juan le dijo a Magdalena:

—¿Por qué has pelado la pava con este hombre?

—Porque es muy divertido.

—No está mal—murmuró Juan.

Y se fué a una librería, donde compró "El ilustre San Graciano", el exquisito volumen de Adrián Vely.

Leyó y releyó ese libro, verdaderamente único, y de tal manera se impregnó de su gracia, que Magdalena estuvo a punto de morirse de risa.

La cuarta vez que Magdalena peló la pava con otro... Pero... pasemos adelante.

La mil ciento décimocuarta vez que Magdalena peló la pava con otro, Juan le dijo a Magdalena:

—¿Por qué has pelado la pava con este hombre?

—¡Porque es un asesino!

—No está mal—murmuró Juan.

Y Juan mató a Magdalena.

Fué, poco más o menos, por aquel tiempo cuando Magdalena perdió la costumbre de pelar la pava con otro...

Palabras y pensamientos

Abrid el ropero de una mujer que os sea conocida y la fragancia de las ropas os la traerá de cuerpo entero ante vosotros. Algo del ser humano queda en la atmósfera de las cosas de que se ha servido. "La estela de su paso" para el hombre puede ser metáfora; para el lebrel, jamás.

Del flujo perpetuo de la vida en el hombre, algo, un rastro, se va quedando en sus ropas, en sus herramientas, en sus libros, en sus habitaciones, en las calles, en todas las cosas junto a las cuales se ha deslizado su existencia.

Nuestra vida se derrama, como la luz del sol, sobre el mundo que nos rodea. Somos estrellas errantes y cuanto nos toca se queda irradiando la luz de nuestro yo. La Psicometría, que parece arte de magos, descansa sobre ese principio tan sencillo. Así como las vibraciones del éter producidas por el primer grito del hombre sobre la tierra no han alcanzado aún el reposo, así mis acciones y mis palabras no cesarán de vivir en la Naturaleza. Las huellas del tránsito de cada hombre por el mundo están castigadas de inmortalidad. La Naturaleza tiene su memoria más sensible y más fiel que la del mejor dotado de los hombres. Y por una ley magnética los efectos lejanos de la acción o de la palabra, describiendo un círculo perfecto, volverán a caer sobre mi cabeza infaliblemente. "La lengua castiga" es una expresión ordinaria que describe el resultado final de una larga observación de la humanidad. En efecto, cada palabra de amenaza que lanzo a los aires acabará por lapidar mi cabeza; cada palabra de amor volverá a mí con la mansedumbre de una caricia.

Roberto BRENES MESEN.





JACK JOHNSON, "SPARRING PARTNER" DE FIRPO

En su entrenamiento para el match con Brennan, Firpo ha contado, después de vencer algunas dificultades, con el apreciable concurso del ex campeón mundial, Jack Johnson, que ha sido uno de sus principales "sparrings partners".

De tal suerte, la figura ya popular entre nosotros, del famoso negro, ha vuelto a ser algo de actualidad, acentuándose en los centros deportivos una simpatía, muy explicable en este caso, hacia el pugilista cuya silueta inconfundible apareció un buen día en nuestros rings, cuando aún el boxeo no había adquirido aquí el gran incremento que tiene hoy.





Tres fotografías obtenidas en el Majestic Hotel, por nuestro repórter gráfico, cuando el ex campeón visitó Buenos Aires.

FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA



Corrientes. — Bañando la caballada en el río Paraná.

...imbert



El vencedor de Brennan

Hacia el campeonato mundial















"Luis Angel Firpo puede volverse campeón del mundo, si persevera en el camino que se ha mantenido hasta ahora. Yo estoy convencido de ello, porque sé apreciar las condiciones que llevan a un hombre al campeonato, cuando encuentro a alguno que realmente las posee." — JIMMY DE FORREST.

Fots. Márquez.





Público estacionado en la calle Sarmiento entre Paraná y Montevideo, frente al edificio de nuestro colega "Crítica", a la espera de las primeras noticias sobre el resultado del match. Hubo momentos en que la aglomeración de personas fué tal que llegó a interrumpir el tráfico de la citada calle. Análogo aspecto ofrecían las inmediaciones de los lugares donde se encuentran instaladas las oficinas de "La Nación" y "La Razón".



Retrato de Firpo, obtenido antes de emprender su primer viaje a los Estados Unidos.

Mi hijo ha triunfado sobre Brenan y antes de seis meses será campeon del mundo, tengo fe en mi querido hijo
Agustin. Firpo

Autógrafo del padre de Firpo.



El padre del vencedor de Brennan (×), con algunos de los redactores deportivos de "Crítica", a quienes el campeón sudamericano de box, dirigió el siguiente telegrama, poco después de su sonado triunfo: "He cumplido con la palabra que empeñé a ustedes en el momento de embarcar. Agradezco los augurios de la muchachada de "Crítica" y por su intermedio, hago llegar a mi querida patria, mi más efusivo saludo y mi mayor agradecimiento por todo lo que han hecho por mí". — Luis Angel Firpo.

ALREDEDOR DEL MUNDO



El enano Roberto Gooding y la señorita Ruby Trixy, fenómeno de obesidad, pues pesa más de 130 kilos. Estos extraordinarios y poco simpáticos personajes, que se exhiben en las ferias inglesas, contrajeron enlace últimamente



Está llamando mucho la atención en Nueva York una compañía teatral rus procedente de Moscú, no sólo por la ejecución artística sino por las pecu liaridades de la "mise en scène". Por ejemplo, todos los artistas que apa recen en esta escena de una obra visten trajes de papel



La policía montada de San Francisco (E U se ejercita en la playa, para el salvataje de ba ñistas. Los policías van provistos de un larg lazo, igual al de enlazar hacienda, que arrojan a las personas en peligro de las ola



Aunque los japoneses no parecen una raza dotada para el arte lírico, cuentan con una soprano notable, Tamaki Miura, que ha debutado con gran éxito en el teatro Century, de Nueva York.



Retrato de una dama neoyork na ejecutado por Leo Katz y que según los entendidos es una admirable y erudita obra de arte simbólico



DE LA TEMPORADA BALNEARIA EN PUENTE DEL INCA



Llegada de pasajeros a Puente del Inca.



Señora de Ferrari, señorita de Dubarry y señor Piovano



La familia de Hamseler, al pie de la estatua del Cristo Redentor



Señoritas María A. Benavides y Amelia Tomás y señores Manuel Benavides y José M. Méndez



Familias de Brandey, Beimar, Casas y Ferrari



Señora de Montanaro.



Turistas norteamericanos llegando a Puente del Inca.





Señora de Brandey.



Señora de Ferrari y su hijita.



Dos buenas amigas, esperando cartas.



La barra fuerte regresando de la estación.



El señor Parodi y su familia.

Fots. Arat.

LA CRUZADA CONTRA SU MAJESTAD "EL COPETÍN"



La campaña contra el contrabando de bebidas alcohólicas ha obligado a las autoridades norteamericanas a movilizar una flota de lanchas a nafta, llamadas ''mosquitos'', que durante la guerra prestaron grandes servicios. Estas lanchas van armadas de un cañoncito y de una dotación de policías provista de armas de fuego y efectúan servicios de patrulla de costas.

ENLACE



Señorita Elena Caamaño, que contraerá enlace con el señor Mariano Blaya.

Correligionarios políticos y caracterizados vecinos de Belgrano, ofrecieron un banquete al señor Eduardo E. Maggio



El obsequiado (×), con los señores José P. Tamborini, diputado nacional, y Arturo Murray Brown, ocupando el sitio de honor en la comida que se le ofreciera recientemente, despidiéndole de la vida de soltero.



Parte de la concurrencia que asistió al banquete.

DE LAS ARTES GRÁFICAS



Vista parcial de los comensales en el banquete ofrecido al señor Alberto C. Plantié, por el personal de la imprenta Caracciolo y Plantié, en ocasión de su viaje a Europa. El acto tuvo lugar en los jardines del Hotel Comercio Larre. El señor Enrique Alberti ofreció la demostración, contestando el obsequiado con frases de agradecimiento.



El señor Alberto C. Plantié con los dirigentes del mencionado establecimiento gráfico, ocupando la cabecera de la mesa, en el homenaje de que fué objeto.

LOS PESCADORES DE MAR DEL PLATA

Nota gráfica obtenida por nuestro colaborador señor José R. León



Una buena yunta para la sartén.



La labor clasificadora del pescado, al arribo de las barcas al Puerto Nuevo. — Besugos, brótolas, bonitos, pejerreyes, corbinas, pescadillas, rayas y otras variedades.



El pescado, acondicionado en cajones, listo para ser remitido a Buenos Aires.



Lavando el pescado.



Un pichón de pescador con una brótola en la cofa.



Tipo de pescador camaronero.



Las lanchas, después de la pesca, alineadas en el amarradero de Puerto Nuevo.



El profesor Pablo A. Pizzurno, dió una conferencia pedagógica en la Escuela Normal de Profesores Roque Sáenz Peña





A la izquierda: el orador pronunciando su conferencia que versó sobre el tema: "Criterio con que deben elegirse los textos de lectura rudimentaria y corriente, en armonía con los fines de la Escuela y los de la asignatura. Estudio crítico doctrinario del criterio aplicado por el Consejo Nacional de Educación". A la derecha: Vista parcial de la concurrencia al acto, compuesta, en su mayor parte, por elementos del magisterio.

El último pic nic realizado por el Club Atlético Pedeflous y Cía.



Los asistentes a la fiesta campestre recientemente efectuada en las playas de San Isidro (F. C. C. A.)



El señor José Pereira (x), que además de ser concejal e industrial de rango, se destaca como excelente artífice culinario. — Al frente de los "elementos" gastronómicos y en línea con sus edecanes.



VIDA PERIODÍSTICA



Festejando el primer aniversario de la fundación de nuestro colega "Diario del Plata", que con tanto acierto dirige el señor Tito L. Foppa, se realizó un banquete, que fué servido el 8 del actual en el restaurant Aue's Keller.—Una vista general de la mesa.

El primer vuelo de un gigantesco triplano Caproni







A la izquierda: los capitanes Laureatti y Baldi, pilotos que dirigieron el primer vuelo público del aparato. Arriba: el Caproni, accionado por 3 motores Liberty, de 500 H. P. cada uno, y con capacidad para veintitrés pasajeros, que fué el número de personas que ocupó el triplano.—Abajo: el aparato en momentos de emprender el "decollage", para efectuar el vuelo inicial.

Bibliografía



Nuestro colaborador, don Alberto Larrán de Vere, cuyo libro de versos "Rosas de cerco", acaba de aparecer.



NOTAS GRÁFICAS DE SAN LUIS



El nuevo presidente de la sociedad italiana "La Patriottica", señor Antonio Di Gennaro, rodeado de algunos socios de la institución, después de haber sido elegido para dicho cargo



La partida del regimiento [illegible] con destino [illegible] Mendoza. Parte de [illegible] [illegible] para el viaje



Grupo de maestras recientemente egresadas de la Escuela Normal de San Luis.



El rector del colegio Nacional, doctor Jofré y los nuevos bachilleres egresados de dicho establecimiento docente.



El magisterio puntano reunido en la sala del teatro Sportsman, escuchando la conferencia pronunciada por el delegado de la Confed[illegible]ción Nacional de Maestros señor Ba[illegible]



MUNDO SOCIAL



Mendoza. — Enlace Rutini-Riba Los contrayentes durante la ceremonia nupcial, que fué bendecida por monseñor Orzali



Capital Federal — Señorita América Martínez Blanco, cuyo enlace con el señor Francisco Torres de la Peña se ha celebrado recientemente



San Luis. — Enlace Carnevale-Vacca Los desposados, con un grupo de familias invitadas al acto

VIDA ARTÍSTICA



La señorita Elena A Osilich, distinguida compositora argentina, cuyas obras musicales están obteniendo marcado éxito.



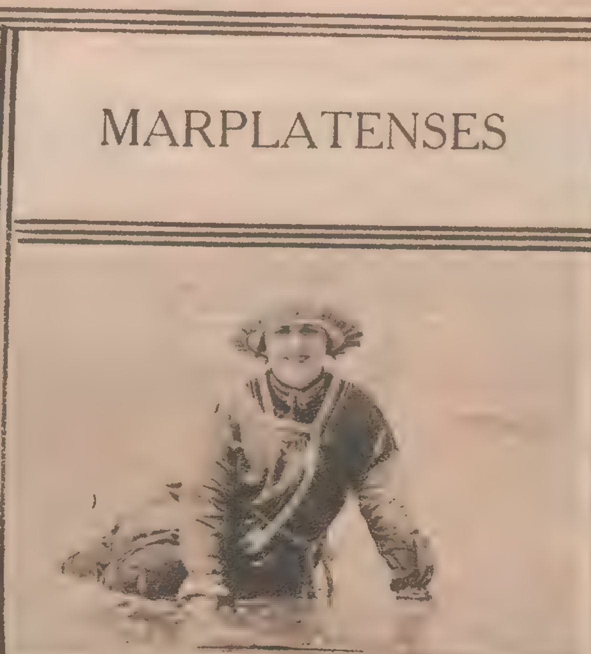
Señorita Catalina Steimberg, joven argentina, de doce años de edad, que acaba de recibirse de profesora de piano, en el Conservatorio Sarmiento con brillantes clasificaciones



MARPLATENSES



Del mundo ferroviario.—Los señores Moreno, Iasua y Tricherri.



Señorita Ana Victoria Figueroa.



Los señores Moreno y Kuns, despues del



El escribano don Eduardo D. Esteves y señora.



Señora María Rosa Fernández de Vivot.



Señor Pablo Regazzoni.



Doctor Luis B. Vieyra y su esposa



Pichona Llovera.



Don Federico Perea, entre dos paragolpes ferroviarios.

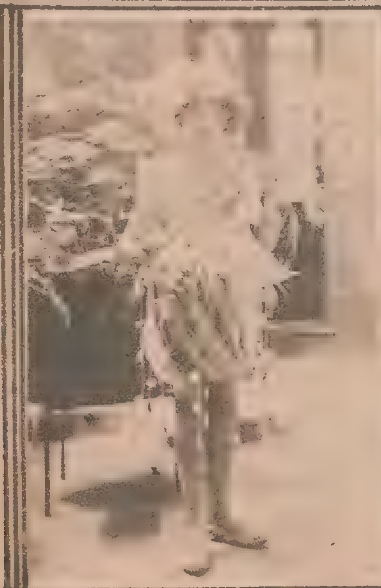


Luisito Bilbao la Vieja.

Fots Bonnin



ECOS DE CARNAVAL



Capital federal. — Haydée Peverelli Yocco, glicina.



San Justo (Santa Fe). — Carroza "Las margaritas", que obtuvo el primer premio. Ocupan el vehículo las señoritas de Ahumada, Leiva y Ballario.



Capital federal. — Elida Luisa Sñer, dama antigua.



Nueve de Julio — Aspecto de la sala durante uno de los bailes organizados por la sociedad "Orfeón Nueve de Julio", en los días de carnaval.



Uno de los palcos instalados en el corso.

Fots. Adobato.





Capital Federal. — Los componentes del centro criollo "Tradición Nacional



San Luis. — La comparsa "Los hijos de la noche"

BALNEARIO DE QUILMES



Fiesta recientemente realizada en el Restaurant Carnevale, del balneario de Quilmes, conmemorando el 23.º aniversario de la fundación de la sociedad recreativa "La Perla del Plata". Al acto asistieron las familias de Montelli, Echandi, Scorza, Cappelletti, Maggiolo, Casaretto, Bosso, Grossi, Fianaca, Tarabotto, Cevasco, Risieri, Ilardo, Lía, Polzinetti, etc., etc.







SECCION VERMOUTH

CÁLCULO

Don Cencerro no se casará. Así decía la gente. Porque don Cencerro era de un amarretismo a prueba de fuego. Era incapaz de gastar para el casorio. Pero también los amarretes tienen su corazoncito.

Una dama de cuarenta septiembres le hizo ver la vida de otro color.

Un día don Cencerro consideró atentamente la indumentaria de la dama y por fin le dijo:

—¿Cuántos metros de género necesitaría usted para un vestido de novia?

—Cinco metros.

Don Cencerro reflexionó, calculó y dijo:

—¿Nada más?... ¿Me permite que solicite su mano?

EN EL REINO DEL FEMINISMO

Dos años hacía que el querellante pleiteaba. El querellado hallaba siempre algún medio, alguna vuelta legal, para hacer perder tiempo e ir postergando las audiencias. Por fin se agotaron las argucias y se iba a celebrar la última vista del pleito. Apenas se presentó el querellante le dijeron que la vista quedaba postergada por un mes.

—¡No puede ser! ¡Ya no hay ninguna causa para nuevas dilaciones!

—Sí, señor: la abogada defensora del querellado acaba de tener un nene.

Era la última maniobra del querellado.

CIRCUNLOQUIO

—Pero, vamos a ver: ¿le ha insultado usted o no?

—No, señor.

—Sin embargo, él asegura que usted le dijo "camello".

—No, señor. Le explicaré: hablábamos de política y él apostaba por el triunfo de los socialistas y yo por el de los radicales.

—Bien; ¿qué más?

—Entonces, como ningún argumento valía, le dije: "¿Qué triunfe Bravo? ¡No!: será más fácil que pase usted por el ojo de una aguja.

¿ACCIDENTE?

Cuando Belarmino fué a asegurarse la vida, le preguntaron si alguna vez había sufrido algún accidente.

—No; nunca.

—A ver: piense bien.

—No; pero hace como un año un individuo me dió un puntapié que me rompió dos costillas; y hace como dos años una víbora me mordió en una pierna...

—¡Ah!... ¿Y usted no consideraba eso como accidentes?

—¡No!: lo hicieron a propósito.

NO OBSTANTE

—Sí, querida; estoy dispuesto a casarme con usted.

—Este... este... ¿ha visto a papá?

—Muchas veces... pero la quiero lo mismo...

LA RAZÓN POR LA CUAL

—Hágame un servicio, agente. Dígame: ¿dónde está la esquina?

—¿La esquina, dice? ¡Pero si usted está en la esquina!

—¡Ah! ¡Con razón no la veía!

COMO CASI SIEMPRE

—Dígame, doctor: ¿es absolutamente necesario operarme?

El doctor repuso, en un momento de sinceridad, pues estaba distraído:

—No; pero es costumbre.

CON NEBLINA EN EL MATE

Don Jenaro comió y bebió magníficamente. Magníficamente no quiere decir sensatamente, por lo menos en este caso y en lo que respecta al vino. Salió del restaurant y tomó un auto para que lo llevara a su casa.

—¿Qué calle, señor?—preguntó el chauffeur.

—¿Cuántas calles tiene?

—Todas las que quiera,—repuso el chauffeur por seguir en el tren de don Jenaro.

—Bueno; démelas todas.

Y el auto echó a andar por calles y calles.

Sólo al cabo de mucho rato don Jenaro hizo parar y preguntó:

—¿Cuánto le debo?

—Catorce pesos.

—Entonces, vuelva por donde vinimos, hasta que sea diez pesos, que es lo único que tengo.

BOOMERANG

—¿Cómo va tu flirt con Isabelita?

—¡No me hables! ¡Por favor, no me hables!

—¿Fracasó el matrimonio?

—¡Una desgracia, che! Imagínate que me preguntó qué perspectivas tenía de mejorar mi situación.

—¡Le hubieras dicho que tenías un tío muy rico y que eres su único heredero!

—Es lo que hice.

—¿Y?

—Ahora... Isabelita es mi tía.

LA MODA

—Todos los muebles que tenemos son tan viejos, que dan a la casa un aspecto de miseria,—dijo la mujer con tristeza y enojo.

El marido, sin plata, reflexionó un momento con tristeza también, pero, de pronto una sonrisa iluminó su rostro:

—Déjalos que se pongan un poco más viejos: entonces pasarán por antigüedades.

LECCIÓN SIN EFECTO

—No preguntes tanto, nena, no preguntes tanto. La curiosidad es peligrosa. Acuérdate del proverbio: "Por curioso murió el gato".

—¿Sí, mamá? ¿Y qué quería saber el gato?

LECCION APROVECHADA

La maestra empleó media hora diciendo y repitiendo que los carbohidratos, las proteidas y las grasas constituyen los elementos indispensables de la alimentación.

Al final de la lección, hizo la pregunta de práctica:

—¿Puede alguno de ustedes decirme cuáles son los tres alimentos principales que requiere el cuerpo humano?

—Al cabo de un rato de silencio, un niño levantó la mano:

—Yo, señorita: el desayuno, el almuerzo y la cena.

OPINIÓN AUTORIZADA

En un establecimiento balneario, donde hay que levantarse todas las mañanas a las cuatro, para beber el agua y tomar los baños y las duchas que prescribe el médico cada día, un enfermo se queja a un camarero del hotel de lo extenuado que está.

—¡Ah, señor!—le dice el camarero.—La verdad es que para soportar este régimen se necesita tener una gran salud.

EN UN JUZGADO

El juez, que es algo sordo, dice a una sufragista:

—Señora, su marido la acusa a usted de que le pega.

—Eso es falso, señor juez; jamás le he puesto la mano encima; lo único que le he hecho algunas veces es encerrarle en el cuarto obscuro.

—Pues él lo ha dicho.

—No; lo que ha dicho es que se la pego; que es muy diferente.

ENTRE AMIGOS

—¡Qué alegre estás hoy! ¡Cualquiera diría que se te ha muerto la suegra!

—¡Es que, en ese caso, lo estaría mucho más!

LECCIÓN DE GEOMETRÍA

—Diga usted, Juanito, lo que sepa acerca de las horizontales y las paralelas.

—Las horizontales se encuentran en todas partes y las paralelas no se encuentran jamás.

UN TENORIO



—Don Alfredo, en la calle hay una mujer que quiere hablarle. Le espera a usted en la esquina.



—¿Una mujer? ¡Ya! Es Enriqueta, que no puede vivir sin mí. Me adora.



—¡Pobrecilla! ¡Cuánto debe de quererme para venir a buscarme hasta aquí!



—¿Y no podría ser Susana? Esa también está loca por mí...





—¿Acaso Carlota?... Tal vez, porque ésa, si yo quisiera...



—¡Por fin le echo a usted la vista encima! ¡A ver si ahora me paga la cuenta del planchado, si no quiere usted que se arme aquí un bochinche!

PUCHITOS

Se ha calculado que en un viaje en aeroplano alrededor del mundo, habría que volar durante 355 horas, en las que no se incluyen, por supuesto, las paradas necesarias para proveerse de nafta y reparar la maquinaria del aparato.

* * *

En Roma, en el vestíbulo de la iglesia de Santa María en Cosmedín, hay un gran mascarón antiguo con la boca abierta llamada "Boca de la Verdad", porque dice la leyenda que los romanos, al prestar juramento, eran obligados a introducir la mano en esa boca y que, si juraban en falso, no podían retirarla. En Marruecos se venera la memoria de un santón, llamado Sidi Balgacem, a cuya tumba se atribuye un poder misterioso semejante al de la "Boca de la Verdad". En efecto, cree el pueblo que el que jure en falso cerca de esa tumba es castigado por el santo con la enfermedad de la lepra

* * *

El raquitismo, escribe De Varigny en una publicación francesa, es, en definitiva, una enfermedad debida a la insuficiente exposición del individuo a los rayos solares. Tiene, por suerte, dos remedios que pueden ser empleados simultáneamente: baños de sol y aceite de hígado de bacalao.

* * *

La cantidad de sudor que puede emitir una persona sometida a un gran esfuerzo o a una alta temperatura, es asombrosamente copiosa, pues en pocas horas puede alcanzar a cuatro litros, es decir, a una cantidad mayor que la del líquido sanguíneo que contiene el cuerpo. En los experimentos realizado por los doctores Gross y Kestner en el laboratorio del Monte Rojo, se comprobó que durante la traspiración, el agua perdida por la sangre es sustituída por un líquido, rico en albúmina, que pasa de los músculos a los vasos de la circulación en cantidad mayor que la que se pierde, de modo que la masa de la sangre se vuelve más abundante y sus glóbulos más raros.

* * *

Una comisión constituída en Inglaterra para estudiar la conveniencia de la construcción de rascacielos, ha dado un informe completamente desfavorable a esos edificios altísimos. Los inconvenientes no son sólo los ya conocidos de orden higiénico, pues es sabido que a los pisos bajos no llega el sol ni la luz, y la misma luz y aeración de las calles sufre a este respecto, sino de orden económico y muy graves. Considera un absurdo económico la construcción de rascacielos, en los que no ve más ventaja que la de satisfacer la vanidad de los habitantes de las ciudades que los poseen. La edificación en elevación es más cara cuanto más elevada. Los numerosos ascensores y el gran espesor de las columnas ocupan en la planta baja un espacio que no está compensado, pues el espacio del piso bajo tiene un valor muy superior al de los pisos altos, y por otra parte obligan a gran pérdida de tiempo para trasladarse a los pisos altos.

Una de las más recientes y significativas confirmaciones de que la luz solar es un gran agente curativo y preventivo lo dan las estadísticas de la morbilidad, en Inglaterra, las cuales demuestran que en las temporadas de mucho sol, y particularmente en las de sol fuerte, la salud de la población es cuatro veces mejor que en los períodos de frío, humedad y abundancia de nublados. En efecto, la mortalidad media es de 31.8 por mil en la segunda semana de enero (invierno) y de 9 por mil en la última semana de julio (verano).

La velocidad máxima a que podrá volar un aeroplano cerca del suelo—entendiendo generosamente eso de cerca del suelo hasta una altura de 4.000 metros—es, según una autoridad en la materia, de 335 kilómetros por hora; sólo podrá ser superada volando a mayor altura.

* * *

En 1920, el boletín estadístico de la compañía de seguros sobre la vida "Metropolitan", de Estados Unidos, decía que de los exámenes médicos a los conscriptos, a los niños de las escuelas y a los obreros asegurados, resultaba que existen en los Estados Unidos más de dos millones de enfermos del corazón, sobre todo con lesiones orgánicas. Parece que en los últimos dos años esas condiciones se han agravado y que aumenta el número de los enfermos cardíacos. En enero de 1922, la mortalidad por enfermedades del corazón en los Estados Unidos y el Canadá llegó a la proporción de 137.2 por cada 100.000 habitantes, cuando un año antes era de 127.7. Un aumento en el mismo respecto se ha notado en Europa. En Florencia, por ejemplo, las defunciones por enfermedades cardíacas son casi tantas como las originadas por la tuberculosis: en 1919-1920 la tuberculosis ocasionó 676 víctimas, y las enfermedades del corazón, 627.

*

El límite de altura de los edificios privados es en Viena de 82 pies, en Londres de 80 pies y en París y Berlín de 72 pies. Por eso en esas ciudades no se levanta edificios tan altos como los que existen en Norte América y aun en nuestra capital—a no ser por raras concesiones especiales,—pero en cambio, gana la estética edilicia y las calles disfrutan de más aire y luz natural.

* * *

En la Academia de Ciencias de Hungría se ha dado cuenta de un procedimiento para la utilización de la paja de trigo en la fabricación de papel. Por este nuevo procedimiento conocido con el nombre de Vegyi Ipar se obtiene de cada cien partes de paja, cuarenta partes de celulosa, cuarenta de melaza y cinco partes de un abono artificial. La celulosa puede ser empleada en la fabricación de papel.

* * *

En el Japón está tan generalizada la cremación de los cadáveres humanos, que más de la mitad de los muertos son sometidos a ella, con evidentes ventajas higiénicas.

La señorita Nadajia Stancioff, joven búlgara tan bella como inteligente ha sido nombrada últimamente secretaria de la legación de Bulgaria en los Estados Unidos. Es la primera mujer diplomática y ocupa uno de los puestos más importantes dado el rango de las legaciones en Norte América. Antes de ser designada debió prometer a su gobierno que no se casaría con un norteamericano.

* * *

En 1860 el doctor von der Fichweiller, que murió a la edad de 109 años, recomendaba dormir en lecho orientado al norte, por estas razones que más tarde fueron también preconizadas por otros autores: con auxilio del compás, se colocará el lecho en tal posición, que la cabeza del que lo ocupe quede justamente al norte y los pies al sur. El cuerpo así colocado está en línea directa con las varias corrientes magnéticas que vienen del norte, las cuales favorecen la circulación de la sangre y la constitución de los tejidos.

PARA LAS DUEÑAS DE CASA

Conocimientos útiles

Un saquito de polvo de carbón colocado en el vientre del pescado en lugar de las vísceras, sirve como desodorizante. El sabor de los pescados así tratados resulta más fino.

Cuando un huevo se ha cocido demasiado, se puede ablandar retirando de la lumbre la cacerola donde se esté cociendo y poniéndolo en seguida al chorro de la fuente. El brusco cambio de temperatura produce el curioso efecto de ablandar el huevo.

Para que la leche no se pegue se enjuaga la cacerola con agua fría y se le unta interiormente un poco de manteca fresca.

Las setas no deben recalentarse después de guisadas, porque pueden adquirir propiedades nocivas.

Antes de usar una cacerola nueva de metal, se la debe de tener durante unas cuantas horas llena de agua con un poco de sosa y unas cuantas mondaduras de patata. Después se enjuaga con agua clara, y no hay peligro de que envenene la comida la capa de estaño interior.

Siempre que se fríe pescado, conviene ponerlo luego a secar sobre hojas de papel de estraza; de este modo se le quita el exceso de grasa.

Mezclando la mostaza con leche en vez de agua, se conserva fresca y sin secarse hasta que se acaba.

Antes de asar las patatas pónganse en agua caliente por espacio de un cuarto de hora. De este modo se asan en menos tiempo y salen más harinosas.

Para evitar que los limones críen moho, se lavan en frío con una solución de ácido bórico. Si a pesar de esto se presenta el moho, se repite el lavado con una solución concentrada y caliente de la propia droga.

Todos los pescados, excepto el salmón, deben ponerse en agua templada al cocerlos.

La cocina

HUEVOS A LA TURCA

Son los huevos rellenos con trufas. Se cepillan éstas, porque la trufa ni se monda ni se lava. Se cortan en pedazos pequeños, y a fuego vivo se rehogan en la sartén con manteca de vaca.

Para cuatro comensales se toman ocho huevos o diez a lo sumo. Se baten aparte las claras en espumilla y en dos cucharadas de leche de vaca, cocida y fría, se baten las yemas, incorporando perejil, sal, pimienta, clavo y nuez moscada.

Júntanse las yemas con las claras y se sigue batiendo el todo, al que se agrega, en pedazo, media onza de manteca de vaca, antes de echar la mezcla en la sartén.

Con la espátula de madera se agitan y revuelven los huevos con las trufas, hasta que el cuajado sea uniforme y la consistencia gelatinosa.

Pocos segundos bastan para esta operación.

Conviene siempre presentar este plato con adorno de picatostes, fritos en manteca de cerdo, de forma cuadrada, redonda o triangular.

RIÑONES DE TERNERA A LA DINAMARQUESA

Se cortan los riñones y se tienen dos horas en remojo en aceite refinado. De ahí se sacan para saltearlos sobre fuego vivo en la sartén con manteca de vaca muy fresca, y durante cinco minutos a lo sumo. Luego se apartan en un plato y se tiene muy picada de antemano tanta cebolla como bulto hacen los riñones, y en la manteca que quedó en la sastén, adicionada con más si es preciso, se rehoga la cebolla removiéndola bien con la espátula para que se glasee y agelatine sin tomar color.

Se sazona con sal, pimienta, un poco de clavo de especie y un punto de nuez moscada, y con el fuego siempre vivo, se incorporan los riñones y se vierte por encima una copa de ron bueno.

Dos minutos bastan para la total cocción, pero es preciso durante este brevísimo tiempo zarandear la sartén con violencia, para que el contenido esté siempre en movimiento.

LECHE DE GALLINA

Con este nombre se designa una bebida sencillísima y nutritiva, muy útil para los enfermos débiles. Se espolvorea una yema de huevo con azúcar, y se bate un buen rato; luego se vierte encima, muy despacio, agua caliente, teniendo cuidado de agitar constantemente la mezcla para que resulte homogénea. La adición de un poco de agua de azahar hace más agradable la bebida.

DE REGRESO DE CAZA



—¿Has cazado algo, Miguel?
—Sí.
—¿Dónde está?, ¿en la cocina?
—No. En el hospital.

POLLO AL ESTILO FILIPINO

Después de limpio el pollo se divide en pedazos, cortándolo por las coyunturas, y se le pone un poco de sal.

En seguida, en una sartén o cacerola, se pone a freir manteca, y así que esté bien caliente se le echa un poco de ajo, media cebolla y perejil, cuidando de freir todo esto sin que se queme. Una vez bien frito todo se echa el pollo, dándole unas vueltas a fin de que tome color. Inmediatamente después se echa agua hasta cubrirlo, y cuando esté a medio cocer se le agregan patatas en pedazos. Cuando estén bien cocidas éstas, queda hecho el plato filipino llamado *tinola*.

El guiso debe estar caldoso y las patatas pueden ser sustituídas por calabacín, según el gusto del consumidor.

El pollo hay que cortarlo por las coyunturas. Las cocineras suelen hacerlo de cualquier modo, y como lo machacan, todos los huesecitos se quedan en el caldo, lo cual resulta muy desagradable.

PIERNA DE CARNERO A LA ESCOCESA

Se cuece en una olla grande, en que la pierna pueda estar a sus anchas, una gran cantidad de agua con pimienta, sal tomillo, laurel, toda clase de especias, perejil, perifollo, cebollas y zanahorias.

Cuando el agua hierve a borbotones, se echa la pierna en la olla, se tapa perfectamente y se sigue la cocción violenta sin que cese un sólo instante.

Tantas libras como pese la pierna de carnero, tantos cuartos de hora se necesitan para que esté cocida en su punto, así es que si pesa cuatro libras, una hora será el tiempo de la cocción.

Se saca inmediatamente de la olla y se sirve para comerla con salsa blanca y pepinillos recortados.

Esta manera de condimentar la pierna de carnero es muy estimada en Escocia, porque la carne conserva todo su jugo como si estuviera asada.

UN PASEO CARO, por Arcadio AVERCHENKO

I

Mi amada y yo salimos del bosque y corrimos a una colina próxima, en cuya cima nos detuvimos encantados ante el hermoso panorama del valle.

Mi emoción era tan grande, que así una mano de mi amada y me la llevé a los labios, aunque, en verdad, no había relación alguna entre el panorama y la mano.

Luego murmuré:

—Ha sido una verdadera suerte para nosotros el perdernos en el bosque. Si no nos hubiéramos perdido, no estaríamos ahora contemplando este panorama delicioso. El río, allá abajo, parece un ancho cinturón azul ceñido a un corpiño verde. ¡Cuán bellamente se destaca sobre el fondo azul la blancura de la camisa de aquel pescador! ¡Qué hermosura, querida mía!

Mi amada me miró orgullosa, feliz, y se estrechó contra mí, como si aquel párrafo poético me lo hubiera inspirado su belleza. Decididamente, la lógica no es lo que distingue a los enamorados.

Los dos nos unimos en un éxtasis contemplativo. Para ver mejor, ella apoyó la cabeza en mi hombro. Yo de cuando en cuando posaba mis labios en el oro de sus cabellos; lo cual, en mi sentir, facilitaba mucho la contemplación de la Naturaleza.

... ...

—¿Qué es eso? ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí? — gritó de pronto una voz chillona a nuestra espalda.

—¡Dios mío!—exclamó mi amada asustadísima.

Nos volvimos, y vimos a un hombrecillo cuyos ojos nos miraban con manifiesta hostilidad a través de unas gafas ahumadas. Llevaba una levita de seda cruda y unos pantalones negros, demasiado largos, cubiertos de polvo hasta las rodillas. Los cabellos se le pegaban a la frente, empapada de sudor. Su gorrita de *jockey* le abrigaba no mayor espacio del cráneo que el que le hubiera abrigado un solideo. Su látigo se agitaba en su mano como si estuviera vivo.

—¿Qué hacen ustedes aquí?—repitió.—¿A qué han venido ustedes? ¡Esto no puede permitirse!

—¿Qué derecho tiene usted a hacernos tales preguntas?—le contesté yo, indignado.—¿Y qué obligación tenemos nosotros de darle a usted explicaciones?

—¿Conque no tienen ustedes obligación de darme explicaciones? ¿A quién le pertenecen, pues, este terreno, ese río, ese bosque? ¿Al emperador de la China?

El hombrecillo calló un instante, sin duda para ver si nos atrevíamos a contestar afirmativamente a su última pregunta; pero como nosotros no osáramos, por falta de datos, atribuirle al susodicho emperador la propiedad de todo aquello, declaró:

—Este terreno, ese río, ese bosque, me pertenecen a mí. ¿Comprenden ustedes, señoras y señores?

—Tal vez le pertenezcan—repuse.—De ser así, le felicito; pero... supongo que no nos creerá usted capaces de meternos en el bolsillo o de comernos un pedazo de finca rústica.

—¿Ignora usted que está prohibido pasearse por un terreno privado?

—Nosotros no sabíamos que este terreno era de usted. Como no tiene letrero...

—¿Letrero?

—¡Claro! ¿Usted no ha visto ningún mapa?

—Sí, señor.

—En los mapas, ¿no hay un letrero sobre cada territorio?...

—¡Pero el campo—interrumpió el hombrecillo—no es un mapa!

—Para el caso, como si lo fuera. Si sobre sus tierras de usted hubiera un letrero que dijese "Finca de Diablo Ivanovich", nosotros no hubiéramos entrado.

—¡Ah! ¿Conque yo soy para ustedes Diablo Ivanovich? ¿Quién les ha llamado a la finca de Diablo Ivanovich?

—Nos hemos perdido.

—¡Perdido! La gente, cuando se pierde, busca el camino, y ustedes llevan aquí más de una hora admirando el paisaje.

La actitud del hombrecillo iba siendo demasiado impertinente.

—¿Y a usted eso—vociferé—le perjudica? ¿Le cuesta dinero? ¿Entorpece la buena marcha de sus negocios?

—¿Pero me produce alguna ganancia?

—¿Qué ganancia quería usted que le produjese?

—La debida, joven, la debida.

—¿La debida?

—Sí, la debida.

El hombrecillo se sentó en un banco que nosotros no habíamos visto, porque estaba oculto entre unas matas de lilas.

—Con permiso de ustedes, voy a descansar un rato sentado en "mi" banco, que está en "mi" terreno. Razonemos. ¿Usted cree que este terreno, ese bosque, ese río, me los han dado por mi bella cara?

La hipótesis era paradójica en demasía.

—Sería más lógico creer que me ha costado el dinero.

—Desde luego.

—Bueno. Sigamos razonando. La contemplación del paisaje ha sido un placer para usted, ¿verdad?

—Sí, señor. El paisaje es una maravilla; lo confieso.

—Pues bien, ¿quiere usted explicarme con qué derecho puede usted venir aquí y pasarse horas enteras inmóvil como un poste, admirándolo todo, sin pagar nada? Cuando va usted al teatro, ¿no paga la entrada? ¿Qué diferencia existe entre una cosa y otra?

—Las empresas de teatro, señor, gastan grandes sumas en la *mise en scene*, en la compañía, en la orquesta, en el personal, en la luz...

—¿Y yo no gasto dinero? ¡Todo esto me cuesta un ojo de la cara! Por ejemplo: ese pescador, del que usted ha hecho un justo elogio, ¿cree usted que no me cuesta nada? ¡Sepa usted, joven, que le pago seis rublos al mes!

Yo me encogí de hombros. Los razonamientos del extraño individuo eran de una estupidez indignante.

—Pero no le pagará usted los seis rublos para que adorne el paisaje.

—En efecto; se los pago por otro servicio muy distinto: es mi cochero. Pero la camisa, cuya blancura "tan bellamente se destaca sobre el fondo azul", se la he dado yo.

Aquel señor parecía estar burlándose de nosotros; lo que me sacaba de mis casillas.

—¡Acabemos!—grité.— Diga usted, sin ambages, lo que quiere de nosotros. ¿Quiere que le paguemos la contemplación, en su finca, del panorama?

—Es muy justo, joven.

—Bien. Pues preséntenos la cuenta, como es de cajón...

—Se la presentaré, ¿cómo no? — contestó el hombrecillo, levantándose bruscamente.—Han pasado ustedes un rato agradable y deben pagar.

—Bueno. Cuando traiga la cuenta hablaremos. Ahora, márchese. Déjenos en paz. Queremos estar solos. Ya se le llamará si se le necesita.

—Caballero: me habla usted en un tono...

—¡Basta! El que paga tiene derecho a exigir que no se le moleste.

El extraño individuo pronunció entre dientes algunas palabras ininteligibles, le hizo a mi amada una torpe reverencia y desapareció tras los matorrales.

II

—¿Has visto qué animal, qué insolente?—le dije a mi amada.—Gracias a Dios, ya se ha largado y podemos seguir contemplando a nuestro sabor este magnífico paisaje. Mira, querida mía, ese bosquecillo de la derecha. En los sitios cubiertos de sombra parece todo verde, y en los sitios que alumbra el sol se distinguen los troncos rojizos de los pinos y los abetos. Mira, allá, a la izquierda, el camino atravesando, en zigzags caprichosos, semejante a una cinta blanca, los campos floridos. ¿Y el tejado rojo de aquella casita, destacándose sobre el fondo verde de las frondas? ¿Y las paredes blancas, deslumbrantes de sol? No sé por qué, el tejado rojo, las paredes blancas, las ventanitas azules, me dilatan el corazón. Tal vez se deba a que una casa en medio de la Naturaleza sea, para el contemplador, como una voz amiga que dice: "No estás solo, no estás en un desierto". ¿Verdad, querida mía?

Mi amada, en señal de asentimiento, me dirigió una lánguida y tierna mirada, que era, sin duda, un mudo elogio de la casita.

—Mira—proseguí—aquel viejo molino, cuya silueta se dibuja, con perfiles tan limpios, en el azul claro del cielo. Sus aspas voltean tan lentas, en el aire dormido, que se siente, mirándolas, una divina laxitud; se tendería uno en la hierba, y se pasaría horas y horas silencioso e inmóvil, sin otra visión que la de la bóveda celeste, sin pensar en nada, respirando el olor a miel de las flores.

III

—¡Vámonos! Empieza a caer la tarde—susurró mi amada.

—En seguida, amor mío.

Y, volviéndome, grité en son de burla:

—¡Mozo, la cuenta!

El odioso hacendado salió al punto de entre las matas con un papelito en la mano.

APRENDED, JOVENES



—¿Qué le trae otra vez aquí?
—Las malas compañías, señor comisario.
—¿Qué ha ocurrido?
—Que éramos cinco para tomarnos una botella de coñac, y los otros cuatro no bebían.

—¿Está ya la cuenta redactada?—le pregunté.

—Sí, señor. Aquí la tiene usted—respondió, alargándome el papelito.

Lo desdoblé y leí lo siguiente:

Cuenta del propietario rural Kokurkov por la admiración del paisaje en su finca (comprada al comerciante Semipalor el 23 de septiembre de 1912, ante el notario Besborodko).

	Rublos
Los campos cubiertos de flores "que huelen a miel"	2.00
El río, semejante a "un cinturón azul"	1.00
El pescador, cuya camisa blanca "tan bellamente se destaca sobre el fondo azul"	0.50
El bosquecillo verde de troncos rojizos	0.30
La cinta blanca del camino a través de los campos floridos	0.60
La casita de tejado rojo y paredes blancas, que dilata el corazón	1.50
El viejo molino, cuyas aspas produce "una divina laxitud" y del que es propietario el campesino Krivij	0.70
Total	6.60

Yo, muy serio, como si se tratase de la cuenta de una comida en un restaurant, estudié detenidamente la factura y objeté:

—Ha incluído usted aquí algunas cosas que no tiene derecho a cobrarme.

—Usted dirá cuáles, caballero.

—Mire usted: este viejo molino...

—¿No lo ha admirado usted?

—Sí, pero es del campesino Krivij, según usted mismo confiesa.

¿Y qué?

—Que, no perteneciéndole, no le asiste a usted derecho alguno a cobrar su contemplación.

—El molino, mirado de cerca, caballero, no vale nada; es viejísimo, feo, sin ninguna poesía. Sólo es bonito mirado desde este altozano.

—Déjese de sofismas. Conteste, sin rodeos, a esta pregunta: ¿el molino es de usted?

—No.

—Entonces...

—Señor: yo no vendo el molino; vendo el derecho a contemplarlo desde este sitio. El molino no me pertenece, pero el sitio sí.

—El razonamiento no es muy convincente. Sin embargo, pasemos por lo del molino. Lo que no tiene pase es pretender cobrar rublo y medio por una miserable casita. Si no temiera ofenderle a usted, le diría que eso es un robo.

—¡Una casita tan mona!... Su tejado rojo; sus paredes blancas, deslumbrantes de sol; sus ventanitas azules, dilatan el corazón, como usted ha dicho muy bien. ¡Y esas dilataciones se pagan, caballero!

—¡No tan caras, señor, no tan caras! Están ustedes poniendo la vida imposible. El gobierno debía tomar cartas en el asunto. ¡Rublo y medio por contemplar una casita que no vale nada! Dan ganas de gritar: "¡Socorro, socorro!. ¡Ladrones!" Rebájeme usted medio rublo...

—No puedo, palabra de honor, no puedo. No le cobro de más, créame. Sólo ese simpático tejado rojo, en medio de las frondas, vale el rublo y medio. No le cobro las paredes blancas ni las ventanitas azules.

No me atreví a insistir. Aquel monstruo era capaz de aumentar el precio, en vez de disminuirlo.

—¿Y el camino?—le dije.—¿Tendrá usted también el valor de sostener que es barato?

—¡Baratísimo, joven, baratísimo!

—¡Si sólo lo hemos mirado un momento! Y, además, no es ninguna cosa del otro jueves. Es un artículo corriente de pacotilla.

—¡No diga usted eso, por Dios! ¡Un camino que pasa a través de los campos floridos! Ni en el centro de la capital encontrará usted otro así... no ya en Petersburgo, en París, en Londres... Un francés o un inglés hubieran pagado, sin regatear, los sesenta copecks y el doble. Los extranjeros, joven, no son tan agarrados como algunos rusos.

Aunque aquello era casi una alusión a mi modesta persona, yo no me di por aludido.

—Bueno, bueno—refunfuñé.—¿Qué vamos a hacerle? Con esos precios, poca clientela tendrá usted...

Y miré el dorso de la factura. Un grito de triunfo se escapó de mis labios.

—¿Qué hay, joven?—me preguntó con extrañeza el hacendado.

—¡Que no puedo pagar esta cuenta!

—¡Cómo! ¿Por qué? ¡Sería muy cómodo gozar del panorama y marcharse luego sin pagar!

—¡No puedo pagar esta cuenta!—repetí en tono retador, agresivo.

—¿Pero por qué?

—¡Porque no está en regla!

—¿Qué le falta?

—¡El timbre!

—El timbre, caballero, sólo han de llevarlo las cuentas cuya suma ascienda a una cantidad importante.

—Se equivoca usted de medio a medio. Si la cantidad excede a cinco rublos, es preciso el timbre. Y el total de esta cuenta son seis rublos sesenta copecks.

—Bueno—gritó furioso el hombrecillo, tras unos instantes de perplejidad;—puesto que se acoge usted a la ley, le perdono el molino y el río. El importe de ambos espectáculos es un rublo setenta copecks. Restándolo del total de la cuenta, su débito de usted se reduce a cuatro rublos noventa copecks. Creo que ahora no se valdrá usted de un nuevo subterfugio. Saqué la cartera, extraje de ella un billete de cinco rublos y se lo tendí altivamente, diciéndole:

—Los diez copecks que sobran, para usted.

Mi amada y yo nos alejamos.

Habríamos andado unos cincuenta pasos, cuando mi amada lanzó un grito de admiración y se detuvo. Ante nosotros se alzaba magnífico, soberbio, un tilo cuya corpulencia denotaba lo menos tres siglos de edad.

—¡Mira qué maravilla! No he visto una cosa semejante en mi vida.

Yo me apresuré a taparle la boca con la mano a la reina de mi alma.

—¡Calla! ¡Aparta en seguida los ojos de ese árbol si quieres evitar mi ruina! ¡Figúrate lo que nos cobraría ese hombre por la contemplación de un tilo tres veces secular!

Los caballos de Napoleón

Napoleón no tuvo profesor de equitación; aprendió a montar solo, de muchacho y muy medianamente.

No tenía el físico de jinete; pequeño, con el busto largo y pesado y las piernas cortas, no podía estrechar los flancos de un caballo. Así que, a pesar de su increíble energía para sostenerse en la silla, a menudo caía de su cabalgadura, y sus caídas se ocultaban siempre que era posible para que el ídolo no desmereciese ante sus soldados.

Le gustaba mudar de caballos, y se calcula que durante su reinado cambió un centenar de ellos.

Se los amaestraba su picador, el cual les hacía sufrir un duro aprendizaje antes de concederles el honor de ser montados por el Emperador.

Poco a poco se les habituaba a soportar, sin hacer el más leve movimiento, tormentos de toda especie: a aguantar golpes en la cabeza; a oír el redoblar de los tambores; a no asustarse de los tiros, aunque se disparase una pistola entre sus orejas; a acostumbrarse al estruendo de los petardos y al fulgurar de los fuegos artificiales.

Se agitaban banderas delante de sus ojos y se lanzaban entre sus patas abultados paquetes; a veces, corderos y puercos.

Se les enseñaba, en fin, a que galopando bajo el Emperador en pleno campo de batalla, o de noche y en los más ásperos senderos, conservasen en todo momento una calma y una docilidad perfectas.

Aun con enseñanza tan completa, con doma tan acabada de sus cabalgaduras, el augusto caballero solía salir despedido por las orejas.

Pero si no dominaba el arte de la equitación, Napoleón era un jinete infatigable.

Podía estar a caballo horas y horas, y hacer, cabalgando, viajes larguísimos y fatigosos.

Los correos, relevándose de etapa en etapa, conseguían hacer llegar un mensaje de París a Milán en cuatro días; el Emperador hizo ese mismo viaje y en el mismo tiempo, sin descansar, contentándose con cambiar de caballo a cada etapa, dormitando en la silla y sin cesar de correr.

A caballo o en coche, Napoleón no tenía otro cuidado que el de caminar velozmente.

El *raid* a caballo de Valladolid a Burgos fué épico. El Emperador recorrió 120 kilómetros en tres horas y media, montando *Montevideo*, y llegó casi solo, dejando a sus espaldas a generales, cazadores y mamelucos

Contra el tabaquismo

¿Se conseguirá algún día hacer completamente inofensivo el tabaco?

Se persigue desde hace mucho tiempo, sin resultados positivos hasta ahora.

¡Y vaya si se han hecho ensayos y se han empleado medios diferentes! Desnicotinizar químicamente el tabaco; usar pipas con un pequeño recipiente donde colocar una bolita de algodón hidrófilo que, como un filtro, retenga los principios nocivos contenidos en el humo; mezclar, a partes iguales, hojas de te escaldadas y enjugadas después y tabaco, y mil otros sistemas y combinaciones, inútiles todos.

El doctor francés M. Ambiel ha experimentado un nuevo método, del que ha informado al Colegio Médico del departamento de Bouches du Rhone.

Ese método no puede ser más sencillo. Consiste en añadir y mezclar al tabaco algunos estambres de tusílago o fárfara.

El doctor Ambiel asegura que ha llegado a fumar diariamente hasta 30 cigarrillos en cada uno de los cuales había puesto tres o cuatro estambres de tusílago), sin notar el más ligero síntoma de intoxicación ni la menor molestia.

El tabaco conserva todo su aroma y adquiere ligeramente el delicioso sabor de los rubios cigarrillos orientales.

No explica el doctor cuál es la acción del tusílago sobre el tabaco; pero afirma que le hace inofensivo y hasta curativo.

Todo el mundo sabe que el tusílago o fárfara esa humilde planta que crece en todas partes, en las cunetas de los caminos, en las ruinas, en los terrenos cultivados, que ama la humedad y no teme al hielo) se emplea en cataplasmas y sirve para hacer un jarabe eficacísimo contra la tos.

ESQUIVANDO EL GOLPE, por Miñones



El atleta. — Oiga, señor Walter; ¿no podría facilitarme cinco pesos hasta mañana?

El empresario. — ¡Caramba! ¿No le son a usted suficientes los que ya tiene?

Las múltiples falsificaciones del café

por Tomás GRIMÚ

El dominio de la falsificación de productos alimenticios es inmenso, porque pocos son los productos que se substraigan a ella. Pero, de todos estos productos, ninguno puede presentar una serie de hermanos bastardos más larga que la que rodea al café. Se podría decir, casi, que el café se falsifica actualmente de cualquier modo y con cualquier base.

En Francia, fué el primer imperio el que, al decretar el bloqueo continental, abrió la era de la falsificación del café. Los navíos franceses, acorralados por la escuadra inglesa, no podían ir ya a buscar a las colonias el precioso grano, y fué preciso substituirlo, del todo o en parte, por otros vegetales indígenas. El gobierno llegó hasta nombrar comisiones que examinaran los diversos reemplazantes del café que se proponían: el acebo, la retama, la habichuela, la zanahoria, el helecho, etc.; pero la que obtuvo la palma fué la achicoria, que es desde entonces la sucedánea más generalizada del café. En 1815, después de la vuelta de los Borbones, se oía por todas partes una canción que terminaba con este estribillo:

¡Abajo Bonaparte! ¡abajo la achicoria!
Ahora habrá café, ahora habrá te.

El fraude de la achicoria se ejerce hoy preferentemente en el café molido. Y, aparte de la achicoria, ¡sabe Dios qué otros productos agregan al café molido los miembros de la muy alta y muy poderosa corporación de los falsificadores! Es cierto que la achicoria es absolutamente inofensiva para la salud; pero también es cierto que, en resumidas cuentas, no posee ni el sabor ni las propiedades tónicas del café.

El presidente Grévy, que tenía pasión por el buen café, desconfiaba terriblemente de la achicoria. Cuando salía a cazar, sucedía muchas veces que la hora del almuerzo lo sorprendía, lejos de Mont-sous-Vaudrey; entonces, sin la menor ceremonia, almorzaba en la primera hostería que encontraba al paso.

—¿El señor toma café?—le pregunta la hostelera.

—¿Tiene buena achicoria?—pregunta a su vez M. Grévy.

—Sí, señor. Y muy buena. Pero hay poca; el vendedor debe pasar mañana.

—Muéstremela. Quiero ver si es buena.

La hostelera va a buscarla y vuelve en seguida con una bolsa de papel. M. Grévy, después de cerciorarse de que la bolsa contiene realmente achicoria, la coloca sobre la mesa y dice, sonriente, a la hostelera.

—Ahora sí; vaya a hacerme una taza de café, de café puro. Cuando me la traiga le devolveré la bolsa de achicoria.

Pero la achicoria no es un producto muy lucrativo, si se le compara con otros reemplazantes del café, como la fécula de la batata, la bellota, la castaña de la India, el aserrín y la corteza de roble pulverizada que hace pensar a los infelices que llegan a probar este brevaje, que se ha echado en él un poco de ron!...

También se recurre, para aumentar la cantidad del café molido, al café ya servido; y este fraude es mucho más corriente de lo que se piensa, por cuanto, una vez seco, es muy difícil distinguir el café ya colado del que no lo ha sido todavía.

Pero muy superior a todos estos productos es el hígado de caballo, cocido al horno y machacado; no hay nada que se parezca más al café molido, y, por otra parte, su precio es reducidísimo.

Indudablemente, el mejor medio para evitar el engaño, es comprar el café en grano, y molerlo en casa. Aun así, uno puede considerarse enteramente a cubierto de la falsificación. El fraude es un verdadero Proteo, al que el afán de ganancia obliga a asumir las más variadas formas.

En Inglaterra, un industrial poco escrupuloso ha inventado una máquina que da a la achicoria la forma perfecta de un grano de café tostado, y el gobierno británico no ha tenido reparo en concederle privilegio para que pueda explotarlo libremente.

Se ha llegado hasta imitar los granos de café crudos: estos granos son de barro plástico amarillento, secados al aire libre.

¿Cómo hablar de falsificaciones y no recordar la famosa fábula alemana? La citaremos aquí brevemente, porque nada podría sintetizar mejor que esta sátira feliz, el estado de corrupción a que han llegado en estos últimos tiempos las industrias de productos alimenticios.

Cuatro moscas se despertaron una mañana con buen apetito. La primera fué a posarse sobre una salchicha, y murió en seguida, porque la salchicha había sido coloreada con anilina. La segunda comió harina, y murió también, porque la harina contenía una cantidad excesiva de alumbre. La tercera probó el contenido de una taza de leche, y cayó muerta también, porque la leche había sido adulterada con cal. Al ver esto, la cuarta mosca, desesperada, se precipitó sobre un papel matamoscas, con la intención de suicidarse, pero no murió porque el veneno del matamoscas estaba también falsificado!...

Suposición razonable

Nobel, el inventor de la dinamita, el riquísimo fundador de los premios que llevan su nombre, pasaba largas temporadas en París.

En la colonia sueca de la capital francesa era muy conocido por sus obras benéficas.

Entre sus muchos protegidos se contaba un escultor, un tal Ackermann, maltratado por la naturaleza y por la fortuna, pues estaba medio impedido y constantemente sin un centavo.

Nobel compraba, pagándolas a precios generosos, todas las obras del artista; pero esto no le bastaba al escultor, que trabajaba poco y vivía relativamente en grande.

Un día, para librarse de un acreedor molesto, Ackermann pidió a Nobel 5.000 francos.

El generoso protector, que en otras ocasiones semejantes le había socorrido y salvado, se negó esta vez, alegando que la cantidad pedida era demasiado importante para desprenderse de ella cuando tenía a su alrededor tantos otros desventurados a quienes atender.

"Si no estuviésemos sobre la tierra (decía en su carta) más que usted y yo, me habría apresurado a enviarle la suma que me pide".

Ackermann le contestó inmediatamente:

"Querido señor Nobel: Si no estuviésemos más que usted y yo sobre la tierra, yo supongo que tendría a mi disposición por lo menos un continente y no necesitaría la cantidad que le he pedido."

Nobel celebró y encontró *razonable* la respuesta (dice *Le Cri de Paris*) y envió a Ackermann los 5.000 francos.

Curioso desafío

Hace años ocurrió en Viena un desafío, que tuvo curiosas consecuencias. Un joven perteneciente a la nobleza alemana riñó con otro noble y se concertó un duelo; pero una hermana del primero, encantadora joven de veintiún años, bastó para evitar consecuencias fatales. Primeramente fué a ver al adversario de su hermano, y con frase elocuente le describió su cariño fraternal y le arrancó la promesa de disparar al aire la pistola en el encuentro. Vencido este enemigo se dirigió a su hermano, pintándole con vivos colores los remordimientos que deben experimentar las personas que a sangre fría matan a su contrario en un duelo, y también consiguió que le prometiese hacer el disparo al aire. Cuando los contendientes se reunieron en el campo ignoraba cada uno la promensa que había hecho el otro, y al dar la voz de fuego ambos cumplieron su palabra, con gran sorpresa de todos los presentes, porque tanto uno como el otro habían dicho que lucharían hasta matar a su contrario.

En aquel momento vino a explicar el hecho la joven, y todos se quedaron muy contentos con la solución de lo que hubiera podido ser drama sangriento.

Algún tiempo después la gentil mediadora se casaba con el que había sido enemigo de su hermano.

DE LA VIDA ARTÍSTICA



Julio S. Sagreras, el conocido profesor y concertista de guitarra, cuyas últimas obras "Primeras lecciones" y "Técnica superior", ratifican sus salientes cualidades de gran compositor. (Apunte de Ret. Sellawai).

POR LOS DOMINIOS DE TALÍA

LA COMPAÑIA DE DON ROBERTO CASAUX DEBUTARÁ EL JUEVES EN EL VICTORIA, CON UN EXTRENO

El celebrado actor don Roberto Casaux, uno de los favoritos de nuestro público, se pondrá nuevamente en contacto con él el próximo jueves, día fijado para el debut de su compañía en el teatro Victoria.

Todos los años, la reaparición del notable cómico determina una intensa expectativa en los millares de admiradores que tiene en Buenos Aires la figura más interesante entre nuestros artistas.

Este año, Casaux logrará el milagro de arrastrar público a una sala como la del Victoria, bastante olvidada. Su debut coincidirá con el estreno de una comedia de Alberto Novión, intitulada "En un burro tres baturros"...

HAY QUE VER...

Tal es el título del couplet que canta Marina Lastra en "La montería", zarzuela que en el Mayo viene siendo un espectáculo doblemente atractivo. El público, en el intervalo del tercero al cuarto cuadro, corea dicho couplet leyendo la letra proyectada en el telón por una linterna. Tanto ha gustado esa musiquilla, ya popular, que la gente no se conforma con entonarla una o dos veces, sino que la repite hasta diez.

Véase su letra:

¡Hay que ver mi abuelita la pobre
que cosas usaba!
Hay que ver estos puños, señores,
que ver estas mangas.
Contemplad este vuelo tan grande
que tiene la falda.
¡Santo Dios y qué trajes tan raros
entonces usaban!
¡Hay que ver, hay que ver, hay que [ver,
la ropa que hace un siglo llevaba la [mujer!
Creo yo, creo yo, creo yo
que de una de estas faldas salen lo [menos dos.

Yo no sé cómo entonces las mozas
andaban con gracia.
Sólo dos que bailasen a un tiempo
la plaza llenaban.
Para hacer una falda como ésta
¡ya echarían varas!
La mujer que se hiciera dos trajes
la casa arruinaba.
¡Hay que ver, hay que ver, hay que [ver
la ropa que hace un siglo llevaba [la mujer!

Sea porque la compañía es muy discreta—hay allí elementos como el bajo Gorgé, el barítono Estrada y la tiple Rosell, que valen—sea porque las piezas del debut gustaron mucho, el caso es que el Mayo se llena de bote en bote.

MAIPO

En los dominios del trío Mary-Morganti-Gutiérrez prodújose el estreno de otra pochade de Sargenti (quien parece querer especializarse en el género), que se titula "El hombre de piedra".

Gustó. Hizo reir, que es la finalidad de toda pochade. Fué discretamente interpretada, destacándose las primeras figuras del elenco.

POR LOS DOMINIOS DE DANYANS

Parece que el público siente ahora una especial predilección por las revistas y así resulta un gran éxito cada estreno de ese género. En el Nuevo ha triunfado en toda la línea "¡Que es gran Barcelona!", revista de Manolo Fernández. Con una revista no puede nadie ser exigente y si distrae al público y le hace aplaudir con frecuencia, ya es una buena revista, o por lo menos un éxito, que es algo mejor. En todas las revistas hay reminiscencias, cosas que so[...]n otras que faltan, pavaditas, cur[...]rías, de todo un poco. Parece que [...] obligatorio y por eso el caso se repite en cada nueva pieza del género que sube a escena. "¡Que es [...] Barcelona!" fué recibida con [...]des aclamaciones por el público. ¿Para qué más detalles? La revista es un género que por lo arbitrario y caprichoso se parece al género femenino. El protagonista es catalán y la acción se desarrolla en Buenos Aires. Se ha sacado mucho partido de las situaciones y está bien explotado el personaje central. Muy eficaz Llimona, así como las damas [...]rilaro, Odoreda y Martínez Ruiz.

La presentación, muy aceptable.

NADA MEJOR PARA ENCANTAR LA VIDA...

Ve hoy mismo a ver, si no eres [guiso,
"Una noche en el Paraíso";
si divertirte en grande quieres,
"La alegría de las mujeres"
y para ver cositas varias
"Las corsarias".
De veinte y media a cero y media
todas las noches en la Comedia,
puedes ver cosas imprevistas
pues hay allí bellas coristas
que parecen Venus modernas
y te muestran todas las... gracias
de las juventudes eternas
y las actuales democracias.
Democracias en el vestir
que ya no hay menos que pedir;
la rigidez yace entre escombros
porque hace tiempo vino a menos,
se ven las curvas de los... hombros
y otras curvas que son venenos.
Música, chistes, gracia, amor,
allí lo ves al por mayor.

EN EL LICEO DEBUTARÁ EL MIÉRCOLES JOSÉ GÓMEZ

Para inaugurar su temporada, la compañía de José Gómez—una de las más discretas del año—pondrá en escena por primera vez en Buenos Aires, la pieza póstuma del doctor Roldán, "La virgen de la pureza", que diera a conocer a los públicos de provincia en su jira artís[...] de los últimos meses. Hay gran [...] por conocer el último [...] escénico del malogrado orador y hombre de letras.

"MATEO" SE ESTRENÓ EN EL NACIONAL

La compañía de Carcavallo inauguró su temporada de género chico, con gran éxito de público. La sala llenóse totalmente. Y la concurrencia saludó con aplausos el estreno de "Mateo", nueva producción de Armando Discepolo, de la que nos ocuparemos en el próximo número.

VITTONE Y POMAR DEBUTARON

En el Avenida, nuevo escenario ganado por el teatro nacional, hicieron su reaparición inaugurando su temporada anual, los populares artistas Vittone y Pomar.

El cartel del debut ofreció dos novedades: "La Tierra del Fuego", sainete de Carlos M. Pacheco y "Buenos Aires folies", revista de Manuel Romero, quien parece dispuesto a arrebatarle el cetro revisteril a Bayón Herrera.

Ambos trabajos fueron aplaudidos, reservándonos sus comentarios para la edición del martes.

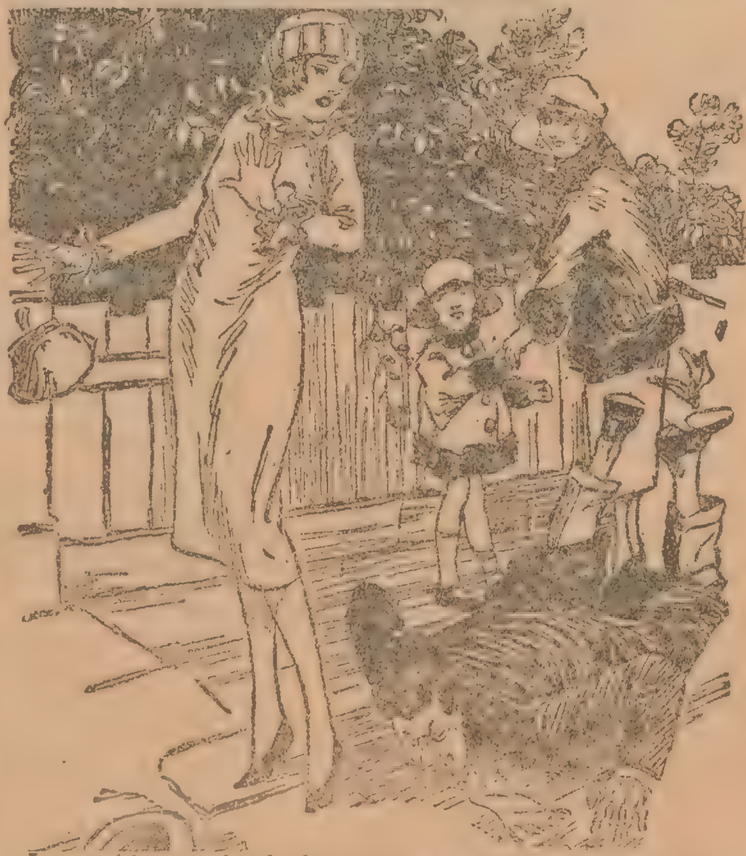
EL PRIMER POROTO

Se lo ha apuntado en esta temporada, la revista de Ivo Pelay y del maestro Jovés, titulada "El verbo amar", que llegó hace rato a las 50 representaciones consecutivas y sigue tranquilamente rumbo a las 100. Como se trata de una revista ligera y amena, se desliza suavemente como los puestos de la Defensa Agrícola.

Simari, Franco y Eva idem, son los héroes y el teatro Smart la palestra. "Pacífico Torbellino" mantiene también posiciones.

Cuando una de las dos afloje, qué probablemente será la última, es decir, que la última será la primera como en el precepto bíblico, se estrenará una pieza de Pacheco y López Silva titulada "Los piratas" y después el sainete de Maroni "Uno a cero". Pero esto no se sabe cuándo ocurrirá.

UN RECUERDO DEL FOLLETIN



La nena (al ver en el suelo al caballero que ha resbalado en una cáscara de banana). — Mira, mamá: va besando por donde ella pisa!

Probablemente será allá para cuando las cámaras sancionen el presupuesto y las nuevas leyes de alquileres.

REABRIÓ SUS PUERTAS EL APOLO

Con un lleno desbordante, inició su temporada de este año la compañía de César Ratti. Por falta de tiempo, tenemos que aplazar hasta el próximo número el juicio que nos merece las nuevas obras que se dieron a conocer, que son "La canción de Charrúa", del doctor Aquino, y "La vuelta de Pirincho", de Manuel Romero.

BLANCA PODESTÁ REAPARECIÓ CON GRANDES APLAUSOS

La celebradísima actriz argentina doña Blanca Podestá, figura de tantos prestigios entre nosotros, inauguró su temporada en el Marconi con el mejor de los éxitos. Estrenó el poema dramático de Eduardo Rossi, "Manulita Rosas", que fué aplaudido y del que daremos nuestra opinión el martes venidero.

EN EL PORTEÑO SE PRESENTÓ ARATA

Luis Arata, el popular capocómico, ha de realizar este año una de sus temporadas más felices de teatro de género chico. Así lo hace suponer su debut en el Porteño, sala que el público invadió totalmente en la noche del debut y siguientes. El programa inaugural, compuesto por una pieza cómica de Hicken, "El boche Blumentopf" y la revista "Plus ultra", era atractivo y ambas producciones fueron celebradas. De ella nos ocuparemos.

CASINO

El cartel de varietés de esta sala es muy interesante, explicándose así la gran afluencia de público que asiste a los espectáculos, variados y entretenidos.

FUEGO EN EL BUENOS AIRES

Hemos dicho fuego y no incendio, porque no queremos engañar a nadie. El fuego no es un siniestro y, en cambio un incendio sí lo es, de modo que tratándose de De Rosas que es un hombre diestro en cuestiones teatrales, no podía producir un siniestro. Por lo demás, el fuego que Prometeo robó a los dioses en la lejana época en que Pan no era comestible y en los bosques había ninfas en vez de salteadores, es una cosa grata; por ejemplo, el fuego de tus ojos, el fuego de la pasión que me devora, el fogoso entusiasmo juvenil y Botafogo. Pues bien, de ese fuego agradable es "La llama" que con gran éxito viene dando la compañía Rivera-De Rosas en el teatro de la calle de los dos animales (Can-gallo).

Cuando se apague "La llama", y esto tal vez ocurrió ya, subirá a escena otra pieza de gran éxito en París, titulada "Hagan juego, caballeros", de Alfredo Savoir. Esta recomendación, si lo es, parece ociosa entre nosotros pues, lo hacen sin que se lo pidan todos los caballeros... y los que no lo son, también.

GRAND SPLENDID

Las veladas cinematográficas en esta bella sala, tienen el doble interés artístico y social. El público es siempre selecto y las películas, de lo mejor que produce la industria cinematográfica.

Recordamos que los martes y viernes son días de moda.

CAPITOL

La acreditada sala del Capitol viene siendo frecuentada abundantemente por nuestras mejores familias, las que se dan cita especialmente los jueves, que las veladas son de moda. Por lo demás, los films que se exhiben son hermosos y de argumento interesante.

PÁGINA INFANTIL.—Aventuras de Pipirí



Cómo vió Adolfo Brisson al gran tribuno Jean Jaurés, hace veinte años

Después de haber llamado tres veces a la verja de la preciosa casita que ocupa M. Jean Jaurès, en una calle provincial del barrio de Passy, él mismo en persona salió a recibirme. Entré en la casa, detrás de él; y en cuanto me hubo hecho pasar a un salón Luis XVI, tapizado de seda de colores apagados, me declaró que su más vivo deseo era que no lo interrogaran, que no mezclaran sus confidencias en las polémicas de los diarios. Fué inútil que le manifestara mi simpatía, la admiración que me inspiraban sus maravillosos talentos y la intrepidez de su carácter. El hombre fué inquebrantable. No quiso contarme (cosa que había ido precisamente a averiguar) la historia de su espíritu de la evolución de sus ideas, en qué momento había nacido a la vida moral su personalidad de hoy, y qué vínculos ligaban a esta personalidad con la de ayer. Insistió en su repulsa. Y, como tenía que salir urgentemente para acudir a una cita matinal, me propuso que lo acompañara. Nos dirigimos hacia los terrados del Trocadero, y entonces pude considerar a mis anchas al ilustre orador, al par que gozaba del encanto de su palabra.

Su silueta es legendaria, y creo superfluo describirla. Todos hemos visto en las reuniones públicas, domando, removiendo las multitudes, ese hombre corto, macizo, vigoroso, de fuertes músculos, y que, cuando está callado, parece un obrero cerrajero o albañil, acostumbrado a trabajos rudos. Su cabeza es enorme y redonda, es una piedra, en la que chispean los ojos, ardientes y vivos; y, si la mirada es penetrante y lo sondea a uno hasta el alma, la boca es dulce y bondadosa; se adivina que ella detesta las injurias bajas, las maldades, las perfidias, y que prefiere las palabras de esperanza que se remontan al cielo azul, las palabras que arrullan si no pueden curar. Hay optimismo en sus mejillas firmes y gordas, una tenacidad campesina en sus hombros pesados, y una amable sencillez en ese sombrerito melén que corona el edificio, y en ese sobretodo precipitadamente puesto y cuyo cuello se levanta. Su equipo es el de un filósofo que no desprecia quizá las vanidades del mundo, pero que las ha mesurado desde hace mucho tiempo, y de un doctor que se acuerda haber sido estudiante. Este desprecio a las elegancias frívolas, unido a los arranques de su corazón y a su bondad, contribuye a acercarlo más al pueblo. ¡Ah! ¡si el pueblo amara a los que lo aman!

Jaurès andaba con paso rápido. Su rostro estaba serio, y me pareció impregnado de tristeza. Pesaba cierto embarazo sobre nuestra conversación. Sin embargo, ésta fué animándose poco a poco. Jean Jaurès me pintó la belleza de su lugar natal, la límpida armonía de los horizontes albigenses, y el placer infinito que experimenta todos los años al volver a verlos. Es el puerto entre dos tempestades, es el retiro donde uno se retempla, es el oasis. Me anunció su propósito de organizar festejos en Albi, en honor de Balzac, que pertenece por su origen a ese rincón de Francia. Tendremos ese día un discurso muy noble, en el que la política quedará relegada a segundo término. La elocuencia de Jaurès puede ejercitarse en todos los temas. Su voz posee todas las cuerdas: a veces resuena como una charanga de clarines, a veces canta como un laúd o se recrea en las gracias de la charla ligera. Al separarse esta vez de mí, me dejaba encantado. Y agregó, estrechándome la mano:

—Si me hace hablar, lo desmiento. No le he dicho nada, ¿entiende?

—Nada absolutamente, y estoy resentido por eso.

Aquella misma noche me encontré en la mesa en compañía de varios amigos de Jaurès, compañeros de infancia, de juventud y de colegio. Les pedí que me contaran sus recuerdos, y ellos los explayaron de muy buen grado. Alrededor de la mesa es fácil ser comunicativo. De este modo pude hacer una cosecha de informaciones que tenía derecho a aprovechar desde que las había obtenido en fuente extraña. Y, sin haber conseguido arrancar ninguna confesión al tribuno socialista, vine a encontrarme así en situación de poder referir rasgos íntimos y poco conocidos en su carácter. En todo caso, la casualidad era la única culpable.

Uno de tantos éxitos afortunados del cronista.

Hace de esto cerca de treinta años, una mañana de verano, ardiente y clara, se había formado un corro en el bulevar de una ciudad del Mediodía. Las hojas polvorientas de los plátanos se asaban al sol. Las casas de la población dormitaban; eran en su mayor parte antiguas y venerables, y mostraban, grabados en la piedra gastada de sus muros, blasones, divisas, atributos curiales o guerreros. Las cigarras zurrían al pie de los árboles. Pero una voz ahogaba la voz de las cigarras. Era la de un colegial que arengaba a la población. Este había depositado cerca de sí una canasta de la que sobresalían un zoquete de pan y el gollete de una botella. Su traje era modesto; su quepis no mostraba ya más que la mitad de la visera, pero estaba arrogantemente colocado y afectaba una expresión audaz y belicosa. El pilluelo peroraba.

Los rentistas, los militares en retiro que paseaban por allí, se detuvieron; después, los comerciantes abandonaron el umbral de sus tiendas. Se acercó el barbero y el cafetero y el talabartero y el librero. El auditorio aumentó. Y, a medida que éste iba haciéndose más numeroso, más y más vibraba el acento del colegial. Había metáforas, prosopopeyas, citas sacadas de los buenos autores, períodos ciceronianos; y, a veces, grandes aletazos que barrían el espacio como un viento de tempestad, y que se perdían a lo lejos, en las ramas. En verdad os digo que aquello era soberbio. El público escuchaba, divertido, sorprendido. Estallaron aplausos...

De pronto, la campana de la torre de señales hizo oir doce golpes. El orador acortó su peroración, recogió su canasta de mimbrey huyó hacia el campo, a todo lo que le daban las piernas. Un coronel inválido, indicándolo con la punta de su bastón, preguntó a su vecino:

—¿Cómo se llama ese joven?

Y el vecino respondió:

—Es el sobrino del almirante... Se llama Jean Jaurès.

Nuestro jovencito franqueó las fortificaciones, se hundió en los campos donde maduraban los trigos pesados, ascendió, a través de las viñas, un collado pedregoso, el Peyroux, que domina las llanuras circundantes hasta Castres y hasta el pico de Nore. Después ganó la aldea próxima y la casa paterna. Todos los días salía de ésta para ir al liceo, y todos los días volvía a ella cubierto de laureles. Era un alumno brillante, la gloria de sus maestros. Los encantaba por su facilidad, por su ardor para el trabajo, por su madurez precoz y por su fogosa imaginación. Obtuvo sin esfuerzo un premio de discurso latino en el concurso general. M. Deltour, en una jira de inspección, le dijo cosas halagadoras y le aconsejó que fuera a París a terminar sus estudios y que se preparara para el Normal. Jean Jaurès siguió este consejo, que satisfacía sus secretas aspiraciones. Mientras que su hermano, fiel a las tradiciones de familia, se hacía marino, él soñaba con desparramar sus ideas y con sembrar a todos vientos sus palabras. Sentía que germinaban en él deseos de apostolado; la fe mística de que se había impregnado su raza en el curso de los siglos, lo predisponía al papel de educador y de moralista. Tesoros de piedad y de sensibilidad nuevas dormían en su corazón. Resolvió dedicarse a la enseñanza. La misión de profesor, ampliamente comprendida, es útil y gloriosa. La cátedra es ya una tribuna.

Jaurès se alejó, lleno de ambiciones obscuras. La energía hervía en sus venas. Estaba seguro del triunfo. Abandonaba sin pesar su aldea, su abrupta colina de Peyroux y su ciudad de murallas centenarias. Hoy día, la imagen refrescante de estos lugares le alivia las amarguras de la vida pública. Vuelve a ellos con delicia, en otoño, que es la estación más bella del Languedoc, la estación dorada. Allí hace su vendimia. Gandulea bajo la sombra de los plátanos. Se encuentra, como en otro tiempo, con viejos señores condecorados... Sí; esa alameda polvorosa es para él más dulce que nuestros Campos Elíseos.

¿Acaso no fué allí donde obtuvo sus primeros triunfos oratorios?

Y he aquí lo que tuvo la bondad de exponerme el segundo amigo de Jean Jaurès:

En 1878 el Colegio Normal era un foco de pasiones bastante vivas. Las luchas que tuvieron por término el

CABECITAS LOCAS, por Chiliemi



"Margot".



aplastamiento del 16 de mayo, despertaban un eco en la Universidad. El año anterior, un profesor de retórica, M. Jacoby, se había atrevido a escarnecer, en latín, ante los laureados del concurso, el régimen del orden moral. Les había dicho que en las cenizas mal apagadas de Tácito se podían encontrar chispas de libertad y de cólera, y se podía aprender a odiar la astucia y el disimulo: "odium doli et dissimulationis". Su arenga tenía por blanco a M. Brunet, ese ministro que atacaba, sin confesarlo, la constitución republicana. El ministro tuvo que tragarse la píldora, sonriendo. Y los alumnos subrayaron con sus aplausos esa humillación; hicieron esto con una insistencia ofensiva. La ceremonia se transformaba en meeting. Jean Jaurès se hacía notar por el calor de sus aplausos. Costó un trabajo enorme impedir que gritara "¡Viva Gambetta!"

El nombre de Gambetta atraía en esos momentos los entusiasmos de la juventud. En la casa de la calle Ulm se acechaban, se comentaban hasta las más mínimas palabras del gran hombre. Se fulminaban los diarios que no las reproducían. Llegó hasta producirse una pequeña revuelta en el Colegio porque no se podía conseguir allí el texto del magnífico elogio que Gambetta había improvisado ante el monumento del pintor Corot, en Ville-d'Auray. Jean Jaurès consoló a sus camaradas declamándoles los versos dedicados por François Coppée a la memoria del artista.

Pasaron los meses. La mayor parte de los alumnos del Colegio eran anticlericales. Sin embargo, los incidentes a que dió lugar la aplicación del artículo 7, los desconcertaron. M. Bersot cedió con dificultad a las sugestiones de Jules Ferry. Y, por una extraña anomalía, los normalistas judíos eran los que más repugnancia demostraban a la ejecución de los decretos. Estos jóvenes tenían sentimientos piadosamente exaltados, casi cristianos. Buscaban la compañía de aquellos camaradas que habían salido de casas religiosas, y se entretenían con ellos en conversaciones espirituales. Jean Jaurès los sorprendía a veces, muy entrada ya la noche, encaramados en los árboles del patio, contemplando las estrellas con una inmovilidad extática. Al cabo de una larga discusión sobre la necesidad del cristianismo, Jaurès les dijo:

—No hay error que sea necesario.

Uno de sus neófitos le contestó:

—Pero ¿quién puede asegurar que el cristianismo sea un error?

Este era el primer balbuceo del neo-cristianismo. Este movimiento, que debía esparcirse bien pronto, fué debido en parte a los alumnos judíos del Normal. Y era combatido por Jean Jaurès, hijo de burgueses religiosos. Pero éste se entretenía entonces en juegos literarios. Fabricaba a voluntad versos de Baudelaire, de Hugo, de Banville, parodiaba el "Epicier de Montrouge". Una de sus piezas se ha hecho famosa:

Elle avait des rideaux de percaline blanche
Et la permission de sortir le dimanche.

Sin embargo, Jean Jaurès tuvo que tomar parte en estas cuestiones espinosas. El filósofo Ollé-Laprune, profesor del Colegio, se había atraído las fulminaciones del gobierno por haber manifestado con demasiada intemperancia sus convicciones católicas. Edmond About declaró en el "XIXe. Siècle" que este maestro no gozaba del aprecio de sus alumnos. Jean Jaurès redactó y firmó una protesta que fué publicada. Esta protesta tuvo una resonancia inmensa. Fingieron no ver lo que en ella se decía. Jaurès, que no era del partido de Ollé-Labrune, reivindicaba para el profesor el derecho de pensar y de hablar libremente. Lo trataron de frailuno...

—Yo—dijo el tercer amigo de Jean Jaurès—lo he visto una vez en circunstancias pintorescas y divertidas.

Era a la terminación de un banquete de Labadens. Los ex alumnos del colegio de Santa Bárbara invitaron a agapes familiares a los normalistas salidos de su antiguo colegio. Jean Jaurès era, hasta cierto punto, el héroe de la fiesta, pues había sido recibido en el colegio con el número 1. A los postres se levantó y anunció el título de la composición de circunstancias que iba a recitar: "El Océano y el Mediterráneo, reconciliados por el director de Santa Bárbara". El más estupefacto de todos fué el mismo director, el venerable M. Dubief, que no suponía haber realizado nunca semejante milagro.

Comenzó el poeta... porque su discurso era rimado. Y puso ante todo en escena al Mediterráneo, prestándole acentos armoniosos, renovados de los Griegos.

Mon flot fidèle et pur, ami des vieilles [gloires,
Murmure vaguement quelques mots du passé,
Et le profond reflet des antiques histoires
Semble encore vivant, par mon onde bercé.

El Mediterráneo no se limitaba a exaltar sus propios méritos; invectivaba al Océano, reprochándole su brutalidad, su salvajismo y el horror de sus sollozos eternos. Pero el Océano no se dejaba confundir. Replicaba como bárbaro, con violencia y sin cortesía. El Mediterráneo tenía a su vez



La adivina. — ¡Alégrese, caballero! Estas preciosas cartas profetizan que dentro de seis meses será usted dueño de una inmensa fortuna.
El candidato. — Siendo así, para esa fecha le abonaré el importe de mi consulta, más una gratificación en obsequio a sus méritos...

que aguantar verdades que la miel ática no endulzaba absolutamente.

Vous n'avez de vos Grecs que le sot ba- [vardage,
Et chacum de vos flots menus et deliés
N'est qu'une langue vaine et prompte au [comérage,
Jetant sa folle écume aux galets ennuyés.

El diálogo continuaba entre los dos mares, que simbolizaban el hombre del Mediodía y el hombre del Norte:

—¡Tú no eres más que una coqueta!

—¡Y tú no eres más que un patán!

Era urgente que el señor director de Santa Bárbara interviniera en la querella. El la apaciguaba:

Notre cher directeur leur dit d'une voix [douce:
"Mes enfants, à quoi bon vous disputer [ainsi?
Océan, que veux tu? Mer, quel démon te [pousse?
Je veux, en quelques, mots, calmer votre [souci.
Nous vous aimons tous deux, le moderne [et l'antique;
La vieille Sainte-Barbe enseigne à ses en- [fants
Le parler d'autrefois, cher aux flots de [l'Attique,
Et les parlers nouveaux qu'aiment les [Océans!
Nous aimons l'art ancien, les sciences [nouvelles,
Ta grace, o mer d'Azur, et ta force, [Océan...
Nous aimons le passé quand ses oeuvres [sont belles
Et le présent nous plait aussi quand il est [grand.

El amigo de Jean Jaurès se detuvo, y yo lo felicité por la precisión de su memoria.

—En cuanto a los versos del filósofo no son tan malos. Y en la boca de Jaurès los habríais encontrado sublimes. Os aseguro que estaba épico. El frac, mal cortado, se le subía, y el nudo de la corbata se le había deshecho. Pero ¡qué fuego! ¡qué arranques! ¡qué llamamientos sonoros! Tenía la expresión de un joven dios marino. Y las gotas de sudor que corrían por su cara, nos representaban las lágrimas de Anfitrite.

A la verdad, mi interlocutor tiene razón. Estos versos ofrecen, cuando uno vuelve a leerlos, un sentido profundo e inesperado. Celebran la unión de la ciencia y de la belleza; quieren que las verdades positivas se engalanen con una forma brillante, para llegar mejor hasta los humildes. Resumen, en fin, de una manera excelente, la elocuencia nutrida y melodiosa, docta y lírica, de Jaurès...

¿Y la continuación? Entre los veinte y los cuarenta años, ¿qué influencias, qué presiones, qué crisis ha sufrido él? El substituto de 1881, el conferenciante de 1883, el diputado de 1885, el doctor de 1892 que sostuvo en la Sorbona una tesis militante sobre los orígenes del socialismo alemán: "De primis socialismi germanici lineamentis"; el electo del Tarn de 1893, el vencido de 1898, el polemista y el tribuno de 1901... ¿son todos un solo y mismo Jaurès, o son varios Jaurès? ¿Ha conocido nuestro eminente colega la angustia de la duda? ¿Ha vacilado como Hércules en el ángulo de la encrucijada? ¿Vió brillar en seguida la luz que le indicaba el camino? ¿Ha tenido timideces, recaídas de inquietud?

Todo esto os habría dicho quizá, si él no me hubiera rehusado sus confidencias...

El geyser del Polcenigo

Coincidencia de su ubicación

Un "geyser" es un fenómeno volcánico bien conocido y explicado por los hombres de ciencia. No ofrecería mayores comentarios la emanación de llamas, aguas calientes y gases que recientemente se han producido en Italia, si no se revistiera con la rara coincidencia o particularidad de haberse producido el fenómeno en el centro de una población.

Según noticias telegráficas llegadas a Roma procedentes de Udine, en el mismo centro de la comuna de Polcenigo, se ha formado un geyser anunciándose el fenómeno con alguna anticipación, con fuertes ruidos subterráneos semejantes a los truenos de una tempestad que dieron lugar a que algunos habitantes presas del pánico y en la creencia de que se pudiese producir un movimiento sísmico u otro cataclismo, se ahuyentasen del lugar.

Según esas noticias, el geyser arroja llamas amarillas, agua caliente y gases asfixiantes en abundancia, todo lo cual ha dado lugar a que parte de la población huyera en dirección a Sacile, Pordenone y otros puntos más retirados del lugar del acontecimiento.

En geología se explica que los geiseres son manantiales de agua hirviendo que brotan con fuerza en los países volcánicos y aparecen en la superficie en forma análoga en que lo ha hecho el geyser de Polcenigo.

En Islandia abundan estos manantiales y entre ellos existe uno que lanza el agua a 50 metros de altura con intermitencias irregulares que varían entre uno, seis u ocho días.

Tyndall ha dado una explicación muy racional del fenómeno y lo ha realizado en miniatura con un tubo de hierro terminado en cubeta que se calienta en su base y en un punto dado de su longitud. Un geyser es un pozo natural al cual afluyen, por una parte, un caudal de agua y por otra una "fumarola". El vapor caliente de la fumarola se condensa en el agua y eleva la temperatura de ésta tanto más cuanto mayor es la profundidad a causa de la presión originada por el peso mismo del agua. Cuando todo el líquido llega la temperatura próxima a la ebullición, basta una gruesa burbuja de vapor proporcionada, sin condensarse por la fumarola, para elevar toda la masa a dos o tres metros, desde cuyo momento queda a una temperatura inferior a la ebullición. Las burbujas que entonces se forman por todos lados a la vez, arrojan con violencia toda la masa fuera del tubo. El agua cae un poco enfriada, caliéntase de nuevo condensando la fumarola y continúan los chorros de un modo periódico en tanto que la fumarola existe.

Si otras complicaciones no aparecen en la comuna de Polcenigo, el geyser aparecido puede convertirse en una maravilla de la naturaleza y constituir un verdadero adorno sin peligro para la citada población.

COLABORACIÓN ESPONTÁNEA

No desmayes

Solitario en el desierto voy marchando sin destino
por sus áridas arenas abrasadas por el sol,
en procura de un "oasis", donde pueda en mi ca-
[mino
descansar solo un instante, bajo un cielo de arrebol.

Sin embargo, no es posible realizar esa quimera
que persigo desde hace años con ardiente frenesí,
es un sueño que se esfuma, una brisa pasajera.
que al cruzar por el cerebro va burlándose de mí.

Los corceles de la lucha van saltando trepidantes
con nerviosos movimientos delatores del furor;
y a los golpes de la fusta, se emparejan rozagantes
cual la cuádriga soberbia de un antiguo vencedor.

La energía me reclama con su fuerza dominante
con impulso majestuoso, con potencia de huracán,
y atronando los espacios... van gritándome...
[¡Adelante!
No descanses ni un momento; maldecido de Satán.

Las "gorgonas" ya han quebrado las cadenas
[opresoras
en sus antros cavernarios donde guardan su rencor,
y al soltarse van volando, sibilantes y traidoras,
cual rugientes "Leviatanes", disputándose su amor.

Mi bajel, yace estrellado, en la roca del desprecio,
mutilado, sin velámen, y astillado su timón;
es un muerto que se agita en las olas de un mar
[recio
en un día de tormenta, cuando ruge el Aquilón...

Pero avanzo palmo a palmo, como en una débil balsa
en las crestas de las olas que a una playa llegarán,
aun maltrecho y dolorido donde mi ánimo rebalsa
en augurios de bonanza mis anhelos triunfaran.

Y, si caigo en la contienda con el alma traspasada
por el dardo envenenado que dispare algún traidor,
moriré lleno de aliento, porque no me importa
[nada...
Y bien puedo transformarme, de vencido en ven-
[cedor.

La visión de mi desvelo que persigo obsesionante
brillará en el horizonte a la luz crepuscular,
con destellos que rutilan, centelleos de diamante
en la aureola de mi anhelo con las ansias de volar.

La palmera del desierto con su sombra bienhechora
le dará paz a mi cuerpo cuando llegue a ese lugar,
y en las aguas del "oasis", la sed cruel que me
[devora
la podré calmar tranquilo, cuando pueda reposar.

Acielo BENITEZ.

Wherter

Aún pienso en tu traición y no maldigo.
Ni te aborrezco ya, ni ya te lloro.
¿Aquello?... haz de cuenta que lo ignoro
tu conciencia fué única testigo...

¡Ya ves que soy galante! Fuí mendigo
y tu me diste tu virtud en oro...
fué limosna fugaz aquel ¡te adoro!
Fué limosna también tu beso amigo.

No veas en mis versos la parodia
de un despechado amante. Ni te odia
ni sabe lo que es odio mi pasión;

¡Si en mis manos está! ¡Si aún puedo herirte!
Si ya estás lejos, ¿para qué decirte
que nunca te entregué mi corazón?

Ricardo B. FERRO.

Rosas blancas

Rosas blancas perfumadas que exornásteis la al-
[quería
que en los años infantiles mis ensueños cobijó;
ya no puedo, como antes; con la brusca mano mía
arrancaros de ese árbol que a mi vera se creó.

Estoy lejos de vosotras; y recuerdo esa ambrosía
que me dísteis, con fragancia que natura os tributó;



EL RECIEN NACIDO

El padre.—¡Pues voy a tener que echarme por ahí a buscar pieza para cuando se case!

al llegar la primavera, con su idilio de poesía,
mi memoria trae patente las siluetas que amo yo.

Las siluetas que yo amo, sois vosotras níveas musas
que inspirásteis con perfume, mi cerebro de crea-
[ción
a vosotras os dedico con mis frases más profusas
éstas líneas, y estos versos, que surgieron de mi
[mente
en la hora en que el insomnio con sus alas de as-
[censión
me donó las remembranzas de ese ayer tan esplen-
[dente.

Angel VILLEGAS.

Tu desamor

Te tomé las manos, te miré a los ojos,
y hubo una plegaria de tus labios rojos.

Acerqué mi frente, te miré más hondo,
y del alma tuya conocí hasta el fondo.

Desprendí en silencio tu dos manos suaves,
y en silencio fuimos como extrañas naves;

que estuvieran juntas en un mismo puerto,
esperando la hora del destino cierto.

. . . .

Me alejé en la tarde de dolor vencida,
con la helada angustia del que ha muerto en vida.

"Y lloré, pensando frente a mis desiertos:
Dios mío qué solos se quedan los muertos."

P. ALVAREZ TERÁN.

Elogio de una sevillana

¡Sevillanita querida;
porque eres dulce, y hermosa
yo te proclamo la diosa
de mi musa y de mi vida!
Porque llevas un jirón
de sombra, por cabellera,
sobre la que reverbera
el clásico peinetón;
porque tus labios, traviesos,
son rojos como un clavel,
y hay ambrosía y hay miel,
en la gloria de tus besos;
porque en tu alma acrisolas
ensoñaciones sencillas,
y son tus frescas mejillas
encendidas amapolas;
porque tus pupilas, puras,
son hondas, como el misterio,
negras, como el cautiverio
y como las desventuras;
porque flota en tu mirada
un sol de luz ideal,
y es como un fino puñal
para el alma enamorada;
porque bajo las sutiles
encajes de tu mantilla,
se oculta la maravilla
de tus gracias juveniles;
porque tu pie es armonioso
y semeja, por lo fino,
el trabajo peregrino
de un orfebre prodigioso;
porque hay en tu risa grata,
un encanto que fascina,
como la nota argentina
de una campana de plata;
porque en tus venas, lozanas,
llevas juventud y amor
y el ingénito vigor,
de las hembras sevillanas;
porque en mí has encendido
la hoguera de la pasión,
y llevas mi corazón
entre tus gracias, rendido;
porque te halaga el honor
de ser hija de esa tierra,
en cuyo seno se aferra
la alegría y el amor;
porque eres guapa manola
y eres jovial y hermosa
y en tus venas, ardorosa,
corre la sangre española;
por eso, mi sevillana,
por eso y por que te amo,
te bendigo y te proclamo
mi musa, y mi soberana!

Domingo F. ARIETTI.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

Compañía Gral. de Fósforos. — Talleres ex Ricardo Radaelli, Paseo Colón 1266, Buenos Aires

FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA



Arroyo Punta del Monte, en Río Santiago, por J. C. Danticq.



Un detalle del Riachuelo, por Alejo Grellaud.



Otra vista del Riachuelo, por el mismo.


R. Mánica